AÑO III — BUENOS AIRES, 6 DE OCTUBRE DE 1924 — No. 142

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

La ley garrote

La ley de jubilaciones que los otros días sancionó la Cámara, es un nuevo grillete que deberán arrastrar durante su espinosa vida, todos los parias del taller y de la oficina. La iniquidad inconcebible ha sido consumada por los eternos expoliadores, por los "vivos", por los buitres sempiternos que aprovechan de la "res-pública" para afilar sus picos y hundírselos como puñales en las entrañas, de cuya herida, en vez de sangre, sale el chorro áureo que inflará sus bolsillos.

La burocracia estatal es el lastre, la losa de plomo que aplasta al pueblo productor. Cuanto mayor es la descomposición del organismo gubernativo, más numerosos son los ejércitos de estos parásitos. Ejércitos éstos, de empleados y de funcionarios, que van siendo tan densos como las muchedumbres de guerreros capitaneados por Jerjes, que según Herodoto con sus lanzas obscurecían el sol; mientras que éstos, con Alvear a la cabeza, hacen cada día más sórdida, más miserable la existencia de los que todo lo producen y nada tienen.

El dispendio desmedido de dinero, que insumen los salarios de los que apuntalan con su peso muerto la Institución autoritaria, creó una situación financiera bastante angustiosa al actual gobierno. De ahí surgió la hoja de parra de la ley de jubilaciones.

Este despojo sin precedentes, que se llevará a cabo con todos los productores, debe ser desbaratado por la acción enérgica de aquellos que no tienen nada que perder — porque nada poseen más que sus brazos — y, en vez, pueden ganar mucho combatiendo esa ley garrote, que toma para sí la parte del león.

Después de tantas alharacas, de tanto ruido de la multitud de los vasos vacíos, la infamia estatal se perpetró, con la aquiescencia y el silencio de todos los paniguados, quienes siempre con el desmedro del pueblo salen ganando algo.

Y la ley garrote está cortada y hecha a medida de los apetitos y deseos de todos los tiburones, para los que la vida es un incesante festín.

Ya se sabe, las leyes son como las telas de araña: sirven para atrapar los mosquitos, mientras los moscardones las rompen.

Unidos todos los hombres conscientes podran ser formidable ariete que derribe esa horca pavorosa en la que se pretende ahorcar todas las esperanzas de una futura redención económica del pueblo.

Unidos todos, esa horca que levantaron servirá para dar buena cuenta de ellos.

Duro con los insaciables, los lobos rampantes, contra las alimañas que merodean a expensas del productor.

Representantes de la canalla dorada

¿Hay algún nombre, alguna denominación, algún adjetivo, algo que le cuadre y le venga bien para nominar y rotular esta especie de aprisco de foragidos y matoides en que se ha convertido el parlamento argentino por las personalidades que lo integran?

El vocabulario argentino — y no el castellano — es selva ubérrima de diatribas e insultos para calificar las peores acciones, pero nos hallamos impotentes para hallar un término que diga con elocuencia y eficacia lo que son esta gente.

Creemos que Proust, el novelista francés, decía que cuanto más elegante y lujosamente vestían los hombres, más villanos y groseros eran espiritualmente.

Parecería que esta sentencia, el genial novelista la hubiese pronunciado pensando en nuestros prohombres argentinos.

Parece que en esta nueva hornada de "legisladores" y otros animales de la misma fauna y especie, hubiesen escogido lo peorcito de lo más malo que abunda en nuestra sociedad argentina, burguesa, conservadora y *democrática*.

Nunca en la vida parlamentaria del país, se asomó de manera tan evidente el espíritu orangutanesco de esos charrúas que con el barniz de una cultura, hecha a trompicones, son árbitros del dinero y de los destinos del pueblo.

Es que ellos son simplemente el producto del medio social,—y como en el ambiente donde se han educado y han vivido, se respiraba la violencia, el dolo, y el deseo furioso y desmedido de enriquecerse y de "subir" de cualquier manera, aunque fuese arrastrándose, resultaron ser el fruto lleno de podre de un árbol envenenado.

Nada más elocuentemente denunciador del estado de enfermedad moral que aqueja a esta sociedad embrutecida por un lujo zafio y chabacano, como las escenas de pugilatos y de matonismo que los hijos de *papá*, en trance de legislar, reprodujeron los otros días en abierta competencia con los "guapos" de arrabal.

Pero lo peor de todo es que, gritones y cobardes al mismo tiempo, se ensañaron con unos pobres vigilantes, escudándose en la inmunidad parlamentaria para agredirlos y amedrentarlos revólver en mano.

¿Se puede imaginar una actitud más indigna y antipática para un *representante del pueblo*?

Suponerlos representantes del pueblo sería una burla sangrienta para los millones que los toleran, soportan y les pagan a regañadientes.

Pero sí, se los puede considerar como los auténticos representantes de la hez de la canalla dorada, — que inflada y vacía, flota sobre la marea de la sociedad.

Los fusilamientos en Rusia

—Trotzki ordena el fusilamiento de los que figuran en esta lista.
—¿Por qué?
—Por contrarrevolucionarios subconscientes.
—¿Cómo?
—Sí, a los anarquistas se les llama así
—¿Y en el comunicado al pueblo, cómo figurarán?
—Como siempre: bajo el epíteto de "Bandidos".

Aquéllas Señoras...

Un grupo de "aquellas señoras" devotas, linajudas y "muy cultas", — ya que pertenecen al Consejo Nacional de Mujeres, — se reunieron hace poco en el Salón de Invierno del Plaza Hotel, para deliberar, grave y sesudamente, sobre el todavía más grave y pelingudo asunto de la paz del mundo.

No dudamos de la buena voluntad, ni de las inmejorables intenciones — y de las cuales el infierno hállase empedrado, — ni tampoco de los inefables sentimientos que podían abrigar aquellas señoras respecto a la misión que debían arrogarse como ángeles portadoras del ramo de olivo, símbolo matusalénico de la paz.

Pero, si no estamos garrafalmente equivocados, indicaríamos que las esposas de los magnates de la industria, las hijas de los bandidos de la banca y las hermanas de los acaparadores de todo orden, — *los que trafican con el hambre y la salud* del pueblo, — eran, precisamente las menos apropiadas para manosear tan dolorosa y angustiosa cuestión, como es la futura paz de los pueblos, — y sobre todo en lo que atañe a la gran masa proletaria que ha sido sacrificada y lo será por los poderosos y los enriquecidos.

¿Es posible que, aquellas señoras, sean tan "ingénuas, con la ingenuidad de un recental", e ignoren que las guerras tienen por causa inmanente sus respectivos esposos, padres y hermanos, — quienes chamarileros, especuladores, políticos y financistas, — ladrones de alto norte, — son los que están vitalmente interesados para producirla, ya que ella es fuente y manantial de especulaciones y de ganancias inmoderadas?

¿Y es posible, también, que *aquellas señoras* no sepan de dónde procede el lujo suntuoso de sus mansiones, las institutrices, las amas, la cohorte de la servidumbre, las joyas y los vestidos tan costosos como las más raras joyas?

Si es probable que ellas, las criaturas de un privilegio tan antinatural y monstruoso, estén sumidas en tan profunda ignorancia que no perciban que esa riqueza que disfrutan orondamente y con una tranquilidad alarmante se halla amasada con las lágrimas de los tristes y de los laboriosos, mejor es que se queden en sus respectivas villas y palacios a zurcir medias o a asesorar a Verdi en el piano.

Sí; mejor es que no se metan en lo que verdaderamente no les importa un ardite.

Así no harán una comedieta indigna tomando como farsa social un asunto tan sagrado, tan hondamente angustiador como es éste que involucra las vidas de millones y millones de criaturas, que si a ellas no les inspiran un adarme de amor, exigen un poco de respeto y otro poco de justicia, a secas.

Veinticinco años

El 6 de octubre de 1924 se cumple el 25 aniversario de la existencia de *Freie Arbeiterstimme*, esa publicación universalmente reconocida en los medios anarquistas, no obstante los jeroglíficos con que aparece impresa. Ningún militante libertario ignora la vieja publicación judía neoyorkina, a pesar del abismo que el idioma y los caracteres gráficos han trazado entre ella y los camaradas de otras razas; *Freie Arbeiterstimme* ha hecho nacer en muchos revolucionarios el interés por el jiddish y por el movimiento libertario judío, que ofrece al mundo cuando menos el ejemplo de la laboriosidad, de la constancia y de la tenacidad en la propaganda. Nosotros podríamos testimoniar cuánto debe el movimiento anarquista de los países sudamericanos a *Freie Arbeiterstimme*, en especial durante el período de esclarecimiento de la revolución rusa; sus artículos han sido traducidos inmediatamente y sus ejemplares eran esperados con entusiasmo aun por aquellos que no podíamos leerlos directamente.

Los veinticinco años de existencia de ese periódico nos recuerdan que el tiempo transcurre y que nuestro movimiento no avanza con la misma velocidad; no estamos hoy mucho más allá que hace un cuarto de siglo; esto podría llevar al corazón un sentimiento de pesimismo y de desaliento; pero, ¿es que el maximalismo, los partidos socialistas autoritarios han progresado?

¿Es que hubo una fuerza revolucionaria que hiciera más progresos que nosotros? No. Si hemos avanzado poco, lo hicimos en un sentido revolucionario, en tanto que el socialismo marxista aumentó en poder, triunfó, pero a costa del sacrificio de sus principios y de su actuación en el plano de la revolución emancipadora. El socialismo marxista se adaptó al orden capitalista y en el porvenir, — después del fracaso de la experiencia bolchevista, — ninguno de sus nuevos retoños conseguirá volver a seducir a las masas revolucionarias. El anarquismo no hizo muchos progresos, pero ha quedado en su puesto de combate por una humanidad libre y dichosa y ese es ya un triunfo que no tiene equivalente en ninguna de las tendencias que simulaban estar a nuestro lado en la lucha. Nuestros amigos son todavía poco numerosos, pero están dispuestos a no progresar desviándose del punto de partida, es decir, quieren quedar fieles a sus convicciones y trabajar por su causa hasta que llegue una hora más favorable; ese sentimiento que rechaza todo acomodamiento y todo compromiso con el éxito pasajero, es una característica nuestra; y el hecho de que no se debilite en lo más mínimo es un síntoma de buen augurio. Lo que podemos constatar hoy es que el camino hacia el porvenir está menos lleno de obstáculos que antes; hace veinticinco años se creía en una especie de parentesco (Verwandschaft) entre el socialismo autoritario y el socialismo anárquico; la prueba de ello es el empeño de nuestros camaradas por tomar parte en los congresos de los partidos socialistas; hoy ha desaparecido completamente esa ilusión, y se sabe que la reacción está allí donde se fomenta y se propaga el culto a la autoridad; se ha llegado al reconocimiento de que estamos solos, de que nada podemos esperar de concepciones diametralmente opuestas, como las del marxismo, y de que es preciso actuar en la vida social como una fuerza independiente.

Freie Arbeiterstimme representa un método de propaganda característico; su acción es sistemática, tenaz; fía menos en las exterioridades pasajeras de una propaganda circunstancial u ocasional que en los efectos de una labor de penetración espiritual continua; *Freie Arbeiterstimme* ha sabido crearse un ambiente propio; el alma de cierto número de seres humanos es nutrida en sus páginas; un cierto número de vidas son inspiradas por la línea de conducta moral que traza la propaganda del periódico. El otro sistema de agitación es el que encarna Malatesta; la acción de Malatesta, no obstante su unidad y continuidad en el tiempo, se desarrolla por períodos; nos sería imposible imaginar a Malatesta veinticinco años seguidos en un mismo lugar y tras una misma publicación; es cierto que las represiones periódicas han interrumpido todas sus empresas, pero si no hubiera sido la reacción, sus numerosos periódicos hubieran sido interrumpidos por otras causas; nos parece que el modo de agitación suyo obedece a razones de carácter, de temperamento y de capacidad; Malatesta no hubiese hecho tanto por la anarquía si se hubiera limitado a redactar *La Campana* ó *L'Agitazione* cuarenta o treinta años seguidos. Cuando cesó la publicación de *Umanità Nova*, no hemos lamentado la pérdida del valiente diario, porque había nacido para un determinado período; su destino estaba ligado al triunfo o a la derrota de la revolución en Italia; cuando las circunstancias señalaron la derrota de la revolución, *Umanità Nova* se encontró al fin de su razón de ser. *Freie Arbeiterstimme* no cifra su existencia en una época histórica; su misión es la propaganda sistemática y la creación de un ambiente espiritual, de una comunidad de ideas y de lucha en constante acción recíproca. Los dos métodos son excelentes, los dos deben ser aplicados; lo que es preciso es una razonable división de fuerzas; para algunos es más apropiada la labor continua en escala reducida que la propaganda en gran estilo como la desarrollada periódicamente por Malatesta; aquí entra por mucho en juego el temperamento y la capacidad.

Al hablar de la propaganda sistemática no podemos menos que recordar LA PROTESTA de Buenos Aires, fundada el 13 de junio de 1897 y convertida en cotidiano desde el 5 de abril de 1904. La historia de este diario es la historia del movimiento obrero en Sud América, sobre todo en Argentina; hay pocos ejemplos de una comunidad más estrecha entre un movimiento y su órgano de publicidad como el que representa LA PROTESTA y el movimiento obrero revolucionario argentino; es verdad, la reacción contribuyó a despertar la afinidad, a provocar la agrupación en torno al diario, cuya defensa equivalía a la defensa del movimiento entero; LA PROTESTA se ha convertido en un símbolo; eso se evidencia cuando la reacción destruye sus talleres, cuando destruye sus máquinas; pasan algunos meses, y las máquinas son repuestas gracias al óbolo generoso de los trabajadores; en sus primeros tiempos, fué el doctor Creaghe el que dió el ejemplo del sacrificio; su acción ha dejado una honda semilla en el proletariado de la Argentina. La reacción ha comprendido por fin que esa hoja arraigada profundamente en el corazón de los trabajadores, no puede desaparecer y desde hace tres años, o más exactamente desde mayo de 1921, sus talleres no han sido vueltos a molestar; ese espacio ha bastado para engrandecer sus medios técnicos, para ampliar considerablemente su círculo de acción. Desde mayo de 1919 hasta mayo de 1921, fué clausurada cuatro veces, una de ella desde mayo de 1919 a octubre del mismo año, es decir, cinco meses; en marzo de 1920 fué clausurada de nuevo hasta agosto; y en mayo de 1921 sufrió una nueva clausura que duró tres meses; perseguida ferozmente, durante este tiempo, los camaradas se vieron en la necesidad de sacarla clandestinamente, editando otro diario en su lugar, *Tribuna Obrera;* pero como las medidas represivas eran impotentes, el gobierno parece haberse convencido de que sus persecuciones estaban lejos de obtener el resultado apetecido; en lugar de las violencias policiales, las autoridades emplean ahora el método de los procesos judiciales, pero tampoco este sistema triunfará.

LA PROTESTA ha pasado por muchas manos; infinidad de cuerpos de redacción se han sucedido; pero en todos los tiempos hubo una línea básica de conducta; LA PROTESTA defendió siempre el punto de vista del anarquismo *aplicado;* en este sentido, *Freedom* de Londres es su polo opuesto; el anarquismo defendido por LA PROTESTA se puso al servicio del movimiento obrero, uniendo sus destinos a los de los trabajadores; a simple vista podría parecer que LA PROTESTA comulga con el sindicalismo, pero en la realidad no hay en la historia revolucionaria un adversario más tenaz del sindicalismo como doctrina que LA PROTESTA; en países como Alemania hemos visto declarar que el anarquismo es un movimiento de cultura y que el movimiento obrero es un movimiento económico; para la Argentina esto es incomprensible, pues ha sabido unificar en un todo inseparable el movimiento cultural con el movimiento económico y hoy ofrece el ejemplo casi único de un movimiento obrero libertario que se apoya en la tradición revolucionaria y en un ambiente sólidamente construído y mantenido por la propaganda sistemática de los anarquistas. En muy pocos países ha llegado el anarquismo al punto de ser un factor de la vida social como en la Argentina es el caso; y eso se debe en gran parte, no a su situación económica, como dirían los marxistas, sino a la aplicación del anarquismo a la orientación de un movimiento real como es el de los trabajadores. Aquí se nos presenta el mismo caso que en los métodos de propaganda que hemos encarnado en Malatesta y en *Freie Arbeiterstimme;* cuando en un Tolstoy o un Reclus el que alienta un movimiento cultural libertario, entonces la labor y los resultados no pueden menos de ser fecundos; pero cuando no se dispone del genio universal de esos dos grandes hombres, creemos que se trabaja eficazmente en interés de la revolución cuando se *aplican* las ideas a un movimiento viviente, como hizo LA PROTESTA. Volvemos a una cuestión de capacidad personal y de temperamento. Si viviera Reclús, no le pediríamos que se entregara a fundar sindicatos libertarios; su voz podría sonar más vastamente y ser más útil dirigiéndose a la humanidad entera; pero nosotros, que no disponemos de un genio como el suyo, creemos ofrecer nuestro óbolo a la revolución libertadora, inspirando a las masas obreras los principios y la táctica del anarquismo susbtrayendo a los políticos y a los autoritarios la base de su existencia en el pueblo laborioso.

Todos los esfuerzos inspirados por la buena voluntad convergen hacia el mismo fin. Nada separa a Malatesta de *Freie Arbeiterstimme* a causa de la pequeña divergencia de táctica, como nada separa a Reclus de LA PROTESTA por el hecho de trabajar de distinto modo en pró de la misma idea. ¡Luchemos cada cual según nuestras fuerzas porque el próximo jubileo de *Freie Arbeiterstimme* no se celebre en el sistema capitalista y autoritario!

D. Abad de Santillán

Berlin, septiembre de 1924.

Proudhon y la "Voix du Peuple"

(*De un artículo de la* Estrella Polar, *periódico ruso*, 1859).

Desde la revolución de febrero, Proudhon predecía lo que debía ocurrir en Francia. Repetía en todos los tonos: "¡Cuidado! ¡no juguéis! ¡no es Catilina el que está a vuestras puertas, es la muerte!"

Los franceses alzaban los hombros, no viendo ni las mandíbulas descarnadas ni la guadaña, no veían apenas el uniforme de la muerte. También se decían: "Llama la muerte a lo que no es más que un eclipse momentáneo, la siesta de un gran pueblo después de comer".

Sin embargo, comprendían poco a poco que las cosas iban mal. Proudhon, habiendo previsto el desastre, estaba menos azorado, menos desolado que los otros. Se le acusó entonces de insensibilidad, se le reprochó él haber llamado las desgracias con sus previsiones. Según se cuenta, un emperador chino hizo apalear a un astrónomo que le anunció que los días disminuían. Es bien cierto que el genio de Proudhon es antipático a los habladores franceses, que su lenguaje les hiera.

La evolución ha creado un puritanismo estrecho e intolerante, ha consagrado fórmulas, y los patriotas, como los jueces rusos, no admiten lo que no se conforma al molde. Su sentido crítico no va más allá de los libros simbólicos del género del *Contrato Social*. Hombres de fe, odian el análisis y la duda. No aman el espíritu independiente que, para ellos, es el espíritu de revuelta. Esos doctrinarios no pueden soportar una originalidad, ni en el pasado. Louis Blanc parece que quiso reprochar en Montaigne el haber sido un genio excéntrico. Ese sentimiento galo, que tiende a ahogar la personalidad en el rebaño, es la base de su amor a la centralización, es decir, al despotismo. Para ellos, la burla y los juicios extremos son más bien bribonadas, triquiñuelas, que una manifestación de la necesidad de análisis que roe el alma.

Hay una multitud de prejuicios, de religiones microscópicas que defienden con el entusiasmo de un Don Quijote, con la tenacidad de un Rascolnik y, por esa razón, no pueden perdonar a Montaigne y a Proudhon su independencia y su falta de respeto hacia los ídolos admitidos. Como la antigua censura rusa, permiten que se haga burla de un consejero tutelar, pero no dejan tocar al consejero secreto...

Cuando Proudhon me pidió que le proporcionara garantías para su periódico *Le Peuple*, consentí de buena gana, porque eso valía la pena.

Hasta ese día, mis relaciones personales con Proudhon se reducían a bien poca cosa. Lo había encontrado dos veces en casa de Bakunin, con el cual se relacionaba mucho. En esa época, Bakunin vivía con Reichel en un modesto departamento de la calle de Bourgogne. Proudhon iba allí con frecuencia a escuchar a Reichel interpretar a Beethoven y a Bakunin comentar a Hegel. Las conversaciones filosóficas duraban más tiempo que las sinfonías y recordaban las famosas discusiones de Bakunin sobre Hegel en casa de Tozadajef. En 1847, Karl Vogt, que habitaba también en la calle Bourgogne, visitaba a Reichel y a Bakunin. Un día, hastiado de sus charlas eternas sobre la fenomenología, se marchó a acostarse y, al día siguiente por la mañana, habiendo vuelto a buscar a Reichel para ir al Jardín des Plantes, se asombró de oir una conversación en el cuarto de Bakunin a una hora tan matinal. Abrió la puerta, y ¿qué vió? Proudhon y Bakunin, sentados en sus puestos de la víspera, ponían fin, en frases breves, ante el fuego extinguido, a la discusión inacabada.

Al principio vacilé en acercarme a Proudhon, retenido por el miedo al patronato de los grandes hombres. Su respuesta a mi carta había sido correcta, pero fría, reservada. Yo quise demostrarle que no era ni un príncipe ruso vuelto loco y que daba el dinero, sea por diletantismo revolucionario, sea por ostentación, ni un beato admirador de los publicistas franceses, contento de que se le pidan 24.000 francos, ni un arrendador de fondos estúpido y que pensaba hallar una colocación segura al salir fiador por *La Voix du Peuple*.

Me interesaba convencer a Proudhon que al obrar de ese modo yo tenía un fin determinado, que sabía lo que hacía y que, en consecuencia, deseaba tener una influencia positiva en el periódico.

Al adherirme a la cuestión del dinero pretendía: 1. publicar mis artículos y los de mis amigos; 2. dirigir la parte extranjera, proporcionar redactores, corresponsales, etc. Exigía también que los servicios de estos últimos fuesen retribuídos. Extraño pedido, en verdad, y es seguro que *Le National* y *La Reforme* se hubiesen asombrado al oír a un extranjero reclamar los honorarios de su trabajo. Hubiesen visto eso como el colmo de la arrogancia y de la locura, porque para un extranjero, el publicar sus artículos en un periódico parisiense es "Lohn den reichlich lohnet".

Proudhon aceptó mis condiciones, pero se sintió molestado. He aquí la carta que me envió a Ginebra, el 27 de agosto de 1849:

"Así, es cosa resuelta: bajo mi dirección general, usted tomará parte en la publicación del periódico. Sus artículos serán recibidos *sin control*, salvo aquél a que la redacción debe someterse por respeto a la línea de conducta del periódico y por temor a las persecuciones judiciales.

"Siendo comunes nuestras ideas, no podemos diferir más que en las conclusiones. En cuanto a la crítica de los hechos de la vida extranjera, se la abandonamos enteramente. Vd. y nosotros, somos los misioneros de una idea nueva. Nuestra línea de conducta general será orientada bien pronto y Vd. se verá obligado a seguirla. Sin embargo, yo estoy seguro que no tendré que corregir sus opiniones. Y, francamente hablando, consideraría la necesidad de esa intervención como una gran desgracia, pues todo el éxito del periódico depende de nuestra concordia. Es preciso elevar la cuestión democrática y social a la altura de la empresa de una liga europea; suponer un desacuerdo, es suponer que no estamos en las condiciones requeridas para la publicación del periódico, y en ese caso sería preferible callarse".

A esa carta austera respondí por el envío de los 24.000 francos y una larga carta amistosa, pero firme. Expliqué los puntos de acuerdo de nuestras opiniones, y añadí que, como un verdadero escita, veía con alegría la demolición del viejo mundo y que pensaba que nuestra misión era anunciar su fin próximo.

"Sus compatriotas están lejos de compartir estas ideas, agregaba. No conozco más que un solo francés libre, — es Vd. Vuestros revolucionarios son todos conservadores. Son cristianos sin saberlo, y, al luchar por la república, no son más que monárquicos. Sólo Vd. ha promovido la cuestión de la negación y de la revolución a la altura de la ciencia. Vd. ha sido el primero en decir a Francia que no hay salvación en el edificio que cae en ruinas, que no hay en él nada que salvar y que hasta las nociones de libertad y revolución están penetradas del espíritu conservador. En efecto, los políticos republicanos no presentan más que una variación del tema por el cual los otros son ejecutados por Guizot, Odilión Barrot, etc. Es esa idea la que habría que destacar en el análisis de los últimos acontecimientos europeos. Es preciso perseguir la reacción, el catolicismo y la monarquía, no sólo en nuestros enemigos, — donde es muy fácil, — sino en nuestro propio campo. Es necesario mostrar el poco valor de las promesas de los demócratas y del poder. Nosotros no tenemos miedo a tocar a los vencedores; pero, ¿dejaremos fuera de nuestros ataques, y por un falso sentimentalismo, a los vencidos? Me he persuadido que si la inquisición republicana no mata su periódico, éste será el mejor de Europa! Tal es mi opinión."

¿Cómo Proudhon y yo hemos podido creer un solo instante que el gobierno de Bonaparte admitiría la existencia de ese periódico? Sería verdaderamente difícil de explicar.

Proudhon, satisfecho con mi carta, me escribió de nuevo desde la Conciergerie, el 15 de septiembre:

"Estoy muy contento de que nos encontremos en el mismo terreno. Yo también he escrito una especie de filosofía de la revolución bajo el título *Confession d'un Revolutionnaire*. No encontrará sin duda allí su verbo bárbaro, a que están habituados ustedes por la filosofía alemana. No olvide que escribo para los tímidos franceses que, con todo su ardor revolucionario, son inferiores a su misión. Mi misión es quizás restringida, pero está aún a cien mil kilómetros por encima de las más altas cumbres de nuestro mundo periodístico, literario y académico.

"Sufriré aún durante una decena de años el ser un gigante entre ellos

"Comparto absolutamente su opinión sobre los republicanos. No forman ciertamente más que una especie del género "doctrinario". Sobre esas cuestiones no tenemos nada que decirnos. Vd. encontrará en mí y en mis colaboradores hombres que marcharán con Vd.... Como Vd., pienso que una transición metódica y apacible, por vías de pequeñas reformas, como la que quisieran las ciencias económicas y la filosofía de la historia, no es posible para la revolución. Nos es preciso ejecutar grandes saltos; pero, en nuestra calidad de publicistas que anuncian una catástrofe próxima, no debemos mostrarlos sino como necesarios y justos; sin eso se nos odiará, se nos perseguirá. Y nos es preciso vivir..."

El periódico marchó muy bien. Desde su celda, Proudhon dirigía admirablemente la orquesta. Sus artículos estaban llenos de ardor, de originalidad y de ese enervamiento que da la prisión: "¿Qué es Vd., señor presidente? — decía un día en uno de sus artículos sobre Napoleón. Díganos qué es lo que es: ¿Hombre, mujer o hermafrodita? ¿Es Vd. mamífero o pez?"

Y con todo eso, pensábamos ingenuamente que el periódico se mantendría. Los subscriptores eran poco numerosos, pero la venta en las calles era considerable. Se vendían de 35 a 40 mil ejemplares por día. La venta de ciertos números, sobre todo de aquellos que contenían los artículos de Proudhon, iba mejor aún. Se les imprimía en 50 o 60 mil ejemplares, y a menudo, al día siguiente los ejemplares se vendían a un franco en lugar de cinco céntimos.

A pesar de eso, hacía los primeros días de marzo, es decir, al fin de seis meses, no sólo estaba vacía la caja, sino que la mayor parte del depósito había sido empleado en el pago de las multas. El desenlace estaba próximo. Proudhon mismo precipitó la hora fatal, y he aquí cómo. Un día, habiendo ido a ver a Proudhon en Sainte-Pelagie, encontré con él a Danton-Chée y a dos de los redactores del periódico. Danton-Chée era aquel par de Francia que había escandalizado tanto a Pasquier y que asustó a todos los pares de Francia por su respuesta a esta pregunta: ¿Es que usted no es católico? —No, respondió; más aún, no soy cristiano y no sé siquiera si soy deista.

Ese día decía a Proudhon que los últimos números de *La Voix du Peuple* le habían parecido muy débiles. Proudhon lo miró, y su frente se ensombreció en seguida; después, volviéndose irritado hacía sus redactores: "¿Qué significa eso? les dijo. ¿Aprovecháis mi encarcelamiento para dormir en las oficinas de la redacción? Y bien, señores, no admito eso y daré antes mi dimisión. No quiero que el público continúe imaginándose que ese periódico, tal como es hecho, es mío. No quiero que se arrastre mi nombre por el lodo. Ahora bien, no puedo vigilaros ni leer cada línea de lo que escribís. No, es preciso acabar. Desde mañana, a fin de desvanecer la impresión de los últimos días, os enviaré un artículo y os indicaré el espíritu que debe animar nuestro periódico".

Ante su enervamiento, se habría podido pensar que ese artículo no sería precisamente de los más apacibles; pero esa vez Proudhon sobrepasó todas mis previsiones. Su "¡Viva el Emperador!" fué un ditirambo de ironía terrible, venenosa.

Los napoleonistas no pudieron soportar eso. Se dió a Proudhon una celda menos cómoda y más pequeña, se obstruyeron a medias las ventanas con planchas de manera que no viese más que el cielo, se prohibieron las visitas y se colocó cerca de la puerta un centinela especial.

Los hombres no se han vuelto verdaderamente más sabios desde Galileo, y no han aprendido nada desde Galileo, pero, al contrario, se han hecho más mezquinos. Esa falta de respeto hacia el genio, por lo demás no ha entrado en la práctica más que desde hace una decena de años. Desde el Renacimiento, el talento se convirtió en una salvaguardia. No se metió en un rincón ni en un cuarto obscuro a Spinoza ni a Leibnitz. Se mató algunas veces a hombres de ese temple, se les persiguió, pero no se les humilló con mezquindades. Se les envió al cadalso, pero no a las leonas de corrección.

La Francia burguesa e imperialista ama la igualdad. Proudhon, perseguido, hizo un esfuerzo para romper sus cadenas y quiso continuar *La Voix du Peuple* en 1850, pero esa tentativa fracasó. Mi depósito fué secuestrado hasta el último céntimo, y el único hombre de Francia que tenía algo que decir, fué obligado a callarse.

La última vez que vi a Proudhon en Sainte-Pélagie, fué en ocasión de mi expulsión de Francia; tenía que cumplir dos años aún. Nos despedimos con tristeza, sin conservar el más pequeño rayo de esperanza. Proudhon se callaba, la cólera rugía en mí. Ambos teníamos muchas reflexiones que hacernos, pero ninguna gana de hablar.

ALEJANDRO HERZEN

El placer de crear

Quizás no hay un placer estético más intenso que el de la creación artística. Este goce vale por todas las contrariedades que la vocación acarrea. Es tan intenso ese placer como es intensa la amargura de la incomprensión. Generalmente, se escribe, se hace música, se pinta un lienzo, se esculpe una estatua, se traza un dibujo, por una de estas dos consideraciones: por satisfacer una necesidad económica, extraña al arte, o por una ebullición interna, por una llamarada espiritual, que pone en tensión el ánimo del artista para dibujar, esculpir, pintar, musicar, escribir. No queremos sino esbozar someramente este segundo aspecto, dentro ya de la zona de la estética.

¿Dónde empieza la creación? Hay una creación activa, la del que produce por primera vez, y otra pasiva, la del que reproduce la emoción artística ajena, haciéndola carne de sus propias emociones. Yo, escritor, creo mi obra; yo, lector de Cervantes, de Leopardi, reproduzco el arte ajeno, haciendo mi Quijote, mi "Noche del día de fiesta", y todavía más sorprendiendo en la fragua del arte el calor que ha purificado el acero de la trama perenne, haciendo mi Dulcinea, mi Silvia. Creo en el primer caso y creo en el segundo. El padre no es padre porque engendra a sus hijos; lo es, sobre todo, porque los educa y mantiene, después de engendrarlos. En una obra colabora tanto el lector como el autor; colaboración es la lectura; colaboración es detenerse horas y horas ante la Gioconda; colaboración es oír fervorosamente la "Marcha apasionada" del divino sordo; colaboración es compenetrarse, identificarse con un dibujo vigoroso, genial, de Miguel Angel o de D. Francisco de Goya y Lucientes, el chispero.

Adentrando en un pensamiento ajeno, lo hacemos propio. Un filósofo del día entiende a Platón acaso mejor que él mismo se comprendía, porque advierte y tiene en cuenta más elementos de juicio que los que podía utilizar aquel sereno vidente. "La Divina Comedia" de hoy es tan obra de sus comentadores como del vate florentino; la obra de Cervantes no es lo que Cervantes quiso que fuera, sino lo que todos sus comentadores — Heine, Carducci, Tourgueneff, Unamuno — y sus lectores hemos querido que sea; la Gioconda de Leonardo no es la Monna Lisa de carne y hueso, sino todas las mujeres, el inefable misterio del alma femenina. ¿Quién es padre de la "Divina Comedia", el autor o el actor?

"Amor que muove il sole e l'altre stelle", el verso inefable del último terceto del "Paraíso", ¿no te dá ahora, amigo mío, todo un mundo de ideas todo un mundo de sensaciones?

El Evangelio, Shakespeare, el Kempis, las "Fioretti" del pobrecito de Asís, la oda a la dulzura y a la soledad del campo del poeta salamanquino, ¿nos producen impresión por lo que dicen, por lo que han sugerido a los otros o por ambas cosas a la vez? ¿No es mejor decir que por ambas cosas? No hay más idea viva que la idea madre, que la que crea otras y luego otras, en eterna corriente. Al sugerirme una idea un músico un poeta, un escritor, ¿no perfeccionó, no completó, no acabó en mí su obra? ¿No la acaban otros en otras sugestiones venideras? ¿No hago vivir vida independiente a lo que el autor no pasaba de un trazo, de un apunte, de una sugestión? ¿No pulimento lo que en él era materia bruta? Si los padres viven en los hijos es porque los hijos toman a prestar, en misteriosa corriente de ósmosis, la vida a su padres.

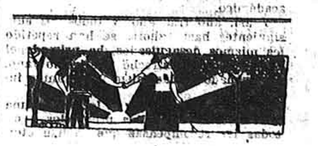
Pero este placer estético de la creación pasiva, con ser vivo y tan intenso, no puede compararse al de la creación activa. ¿Y cómo comienza, Dios mío, el misterio? Las madres, ¿lo son por el placer o por el amor? ¿El pensamiento crea el ritmo? ¿El ritmo produce el pensamiento? ¿Pero no es ritmo el pensamiento y el pensamiento ritmo? ¿Sugieren las ideas las palabras o las palabras las ideas? Tengo delante unas cuartillas; reclino la cansada mano sobre la frente; no sé qué voy a decidir. Y... de pronto, de pronto, me invade una emoción extraña; vibra el amor o el odio en mi espíritu; se crea la palabra, que es la idea en germen, la célula viva de la idea si la palabra es pura. Y creo. Creo sin saber cómo, pero creo. Creo la palabra justa, pienso la idea precisa, surge la frase limpia. Y así, por el placer de cantar, porque el campo está verde, porque unos ojos bellos me han regalado el fulgor de su mirada en presente de amor, porque una canción infantil me ha enternecido a la vuelta de mi paseo, porque una puesta de sol ha puesto mi espíritu en tensión de plegaria, porque he descubierto un nuevo dolor en la mueca que impone el carnaval de la vida, porque he arrancado del piano las notas de una extraña melodía que ha enriquecido el tesoro de mi vida interior, porque ha llegado la noche y sé leer a través de la luz velada de un balcón toda la poesía del hogar feliz, porque he amado, porque he sufrido, porque he llorado, porque he vivido otras vidas dentro de la vida mía, porque ha lucido un buen sol, porque gotea la lluvia mansamente, porque aman unos mientras sufren otros, creo mi canto en pureza de intención; mi canto crea otros cantos dentro de mí y dentro de otros, que el arte es vida y la vida arte.

Deleite de forma, goce interior de contenido, renovación, vielo que muere niño que nace gimiendo al desgarrar las entrañas maternales, desdoblamiento de mi ser, expansión de él, sol que quema, polen que lleva el viento, mi ser que da vida a otros mundos, otros mundos que al vivir en mí me reproducen; todo esto y otras cosas, todas las cosas, es la creación artística activa. Ella nos purifica, sin ella seríamos animales; por ella somos semejantes a Dios; por ella es Cristo Hijos del Padre. Nuestro sello divino no está en la inteligencia, sino en la emoción. ¡Desdichado de aquel que no tiene más que inteligencia! Inteligencia sin fantasía es mecha sin aceite, mocica sin novio, madre sin hijo, vida sin juventud. Acaso la metáfora crea la lógica, el amor la economía, el arte la ciencia; desde luego, el calor da lugar al termómetro, la atmósfera al barómetro, la palabra al acto, el sacrificio al amor. El mundo fué hijo de la palabra y la expresión madre del concepto. "¡Hágase la luz!" y la luz fué hecha.

El artista — esto es, el creador — lo todos los hijos, amador de todos los amores. Homero es legislador, santo, héroe, guerrero, padre de la patria. Las manzanillas de la ciencia son las artes bellas. Sin expresiones gráficas no habría ciencias metafísicas y sin el dolor, derecho. ¡Hazme, Señor, Artista! Luego, si tú quieres, me suprimes y me anulas. Y eso que sí me haces artista no podrás suprimirme porque seré como tú. Hijo tuyo, y yo viviré en ti y tú en mí viviré. ¡Qué sufro, que lloro, que soporto cargas de amargura, que me consume el horror de comprenderme, esto es, de comprenderte? ¿Y qué, Señor? Reiré con una estrofa, haré de una cosa fugaz, de un beso robado, de un sueño roto una obra eterna.

¡Hombres, sed artistas, si queréis ser hombres, esto es, hijos de Dios! Artistas, sed hombres si queréis ser artistas! Y la muerte será vida y el dolor canto y la esperanza recuerdo! Bendito seas, Señor, en la plegaria del artista y en las emociones que han pasado y que pasarán por el corazón de todos los que crean!

JOSÉ SANCHEZ ROJAS



SALON DE PRIMAVERA

Hay que declararlo paladinamente y sin tapujos, el Salón Nacional de Bellas Artes es hondamente perjudicial para los artistas, para el desarrollo ulterior de estas disciplinas estéticas en el país, y tambien para el público.

En definitiva; si los beneficios de este certamen artístico se producen, no es ciertamente en provecho de los mejores y de lo mejor, en todo sentido y desde cualquier punto de vista.

Año tras año, hemos seguido con afanosa atención las manifestaciones de nuestras colmenas artísticas, y la observación desinteresada, la experiencia y el acendrado amor que abrigamos por lo que es belleza y nobleza, nos ha dictado esta sentencia condenatoria, y que resultará arbitraria para muchos.

E. PETTORUTTI — "Las Amigas".

Pero, por qué estamos irreductiblemente convencidos de lo que dejamos dicho, evidenciaremos hasta la saciedad y de manera meridiana, lo verosímil de nuestro aserto.

¿Qué influencia sana y bienechora ejerce el Salón anual de arte, sobre nuestros plásticos? ¿A quiénes estimula?

Desde 1912, que se inició, son más los daños que perpetró que las bondades que hubo de realizar.

En 1913 obtiene un primer premio Bustillo con su autoretrato. Se halla en el Museo, y todos saben lo que es esa "cosa". Este premio, fué otorgado por favoritismo, y además, se susurra, que Bustillo no fué quien pintó ese cuadro, sino su maestro. Total, este "medallado", fué un meteoro que se hundió en las sombras de la noche y del tiempo. Nunca más hizo nada.

Sin embargo, ese mismo año concurrían varios artistas que, con mayor justicia hubiesen merecido esa distinción. Recordamos algunos nombres: Navazio, Daneri, Guttero y otros, que ahora no tenemos presente, pero que, por lo menos, demostraban infinitamente más condiciones para un ojo alerta y una conciencia desinteresada, que un Bustillo.

Es cierto que ese año se distribuyeron algunos "huesos" como estímulo y como para que algunos artistas de verdadero mérito, se entretuvieran royendo las sobras de los favorecidos por el oficialismo académico.

Y así, año tras año, y todos los subsiguientes hasta ahora, se han repetido los mismos desaguisados, ha primado el mismo criterio estrecho y ultramontano, acompañado de las mismas irritantes injusticias.

Podríamos entretener al lector con una cronología de todos los premiados y de todas las recompensas que se han otorgado a verdaderas mediocridades, y cuando no, a genuinas nulidades, para demostrar fehacientemente, paso a paso, y con minuciosidad, que nuestro juicio, si es injusto en una o dos excepciones, es acertado en conjunto.

Pero confiamos en la memoria de muchos y en el desinterés de algunos pocos que presenciaron aquellos acontecimientos, para que recuerden, a su vez, y puedan darnos la razón.

Por otra parte, esta tarea un poco ingrata, de evocar nombres y hechos, nos llevaría un espacio y un tiempo que no disponemos. Ya lo haremos algún día con más detención.

Basta una punta del hilo, para que los que tengan buena fé y sinceros deseos de "ver", deshilvanen el ovillo de los sucesos pasados.

Por ahora nos interesa sumamente lo actual, que lo pretérito; y nos interesa mucho más deducir la filosofía que se desprende de la influencia perniciosa que ejerce el Salón sobre nuestro medio y nuestro público artístico

¿Cuál es, pues, la actitud mental del artesano plástico frente a las posibilidades que le ofrece el certamen anual? ¿Cuál será el estado de ánimo que presidirá la futura creación?

Estas son las causas fundamentales que se deberá tomar en cuenta para analizar la obra expuesta frente al público y la crítica.

Por lo pronto, el dilema pavoroso que se presentará al futuro expositor, es la horca caudina del jurado.

La duda empieza a carcomer la fé que abrígaba en sus fuerzas y la débil llama de la inspiración vacila por la desconfianza que le infunde al saber que no puede abandonarse libre a su temperamento, —a lo que es espontáneo en él.

Primer tropiezo de un artista medianamente sincero.

Segunda caída sobre el sendero espinoso del calvario que resulta ser la gestación de todo ensueño creador, es el recuerdo de los rechazados en los pasados certámenes. Rememora mentalmente telas amigas, esculturas de algunos camaradas que fueron desahuciadas por los señores del jurado, y que, a él, le parecieron cuando no excelentes, por lo menos discretas, y el desconcierto en su espíritu se hace mayor.

La tercera caída de este Nazareno psíquico, la constituye la crítica oficial y oficiosa. Ahí la barahunda se vuelve en torbellino abrumador: es la torre de Babel, donde todos vociferan; donde las más inverosímiles jergas artísticas, estallan como fuegos de artificios; donde los terminachos de taller alternan con las interpretaciones literarias más abstrusas; donde todo ensalzan y condenan, condenando a los que podrían ser ensalzados, y consagrando a los que justicieramente hubieron de ser condenados.

En suma, esta crítica oficial y oficiosa, todavía no ha producido el fausto acontecimiento en que, como siempre, no dió noventa y nueve en el clavo y ni uno en la herradura: es decir, que nunca, ni por casualidad tocó la flauta, como el burro de la leyenda.

Por eso y por que todavía hay muchos analfabetos artísticamente hablando — y otros más numerosos aún, aquejados de una "sordera artística" irremediable, y que se improvisan críticos de arte, hace que la confusión en el espíritu del artista se haga más densa, hasta vedarle cualquier orientación o tendencia definida que pudo emprender y realizar.

¿Qué puede salir de esa mentalidad macerada por tantas preocupaciones de un orden subalterno, sino algo híbrido, algo heterogéneo, y que, si tuvo un instante feliz, apenas se empina un ápice sobre la mediocridad circundante?

Y esto, en lo que se refiere a los dotados de una mediana sinceridad, como dijimos antes. En cuanto a la turbamulta de convenidos que toman la lucha incruenta del arte, como una gardenia que se lleva en el ojal, como un adorno más para su personalidad vacía y deslumbrante, esos que paren sin pena ni gloria, los aburridamente superficiales, sufren, en su espíritu, un fenómeno instantáneo de adaptación al medio, adhiriéndose al oficialismo como la ostra a la roca.

Para ellos, entonces, son todos los favoritismos, todas las protecciones y todas las gangas. De ese modo y por esos procedimientos poco limpios, es como se ha llenado el Museo de verdaderos mamarrachos.

Respecto al público, su desorientación en cuestión de arte, corre poco más o menos paralela a la de los artistas, no sabiendo a quien seguir, ni a quién creer, ya que si la crítica le negó talento a fulano, mañana o pasado mañana, pone por los cielos a ese mismo fulano, sin que ningún argumento razonable justifique cambio tan repentino.

En conclusión: el Salón exhibe todos los *vicios* aparentes e inherentes a las grandes calamidades que engendra el Estado, disfrazándolas con denominaciones pomposas, para justificar el dispendio de grandes sumas de dinero, que no se emplean más que a fomentar mediocridades, que se propagan como hongos al pié de la encina patriarcal, de cuyas ramas penden las cátedras y los diversos premios.

Todavía el Salón no alentó los pasos de un verdadero talento de escultor o pintor. En cambio hundió definitivamente en el ostracismo a Guttero, hostilizó los últimos días de Silva, hizo lo que pudo contra Malharro.

En fin; a todos los que la tribu de la Academia y de la Comisión de Bellas Artes cargó de recompensas, fenecieron en el anonimato más sórdido, convirtiéndose en los amaneramientos más ridículos, produciendo obras inanes y de una vulgaridad que dá escalofríos.

¿Citaremos nombres?

Seamos piadosos con los desaparecidos.

No reportando utilidad a nadie, o enseñando nada al público, no produciendo ningún beneficio al que nace con la dulce y dolorosa vocación del arte, el Salón debiera suprimirse.

Haciéndolo desaparecer, quizás le haría un grandísimo bien al verdadero arte, —al que surge como la fuente salvaje en los lugares más inopinados.

Nosotros en este delicado asunto del arte, preconizamos el método de las madres espartanas, quienes a los recién nacidos los sumerjían en la inclemencia de las aguas del río para probar su fortaleza.

Si en la realidad cotidiana, este sistema puede parecer bárbaro, en el terreno del arte, es necesario y saludable.

Suprimido el Salón, suprimidas las prebendas y toda la variedad infinita de gajes, los fuertes, los valientes, los que tuvieran un amor firmemente arraigado por su arte, sobrevivirían victoriosamente, y tal vez con más facilidad que ahora que hállanse hostilizados y amargados por una verdadera avalancha de parásitos.

Desaparecido el foco de infección, los microbios perecerían por consunción natural.

En una palabra, cuando del árbol de la cucaña no pendiesen los regalitos, todos los que se alimentan de ellos, lo desertarían, yendo posiblemente a cultivar la tierra, o dedicarse a menesteres más en consonancia con sus aptitudes y también más fructuosos. Y todos ganaríamos con este deseable terremoto que arrase hasta los cimientos esta institución, verdadero nosocomio de lisiados, de inválidos y de monstruosidades artísticas, donde se conservan en salmuera famas caducas y celebridades de conventillo.

P. BUIGUES — "Jóven Latina".

Pero, todo esto no es más que un sueño, mitología pura, porque los substratos de la maldad y la mentira, en todos los órdenes de la vida, están más firmemente asentados, hoy por hoy, que la nobleza espiritual y por ende la inaccesible Belleza.

Entonces el remedio necesario surgiría si unos cuantos plásticos con el sincero anhelo de apartarse del oficialismo nefasto, creasen un salón anual sin jurado ni premios.

Este proyecto, si por lo pronto no se realizara, insensiblemente llegará un día que será una necesidad imperiosa, impuesta por este medio corrupto que es una gusanera de intriguillas y dardos envenenados disparados a traición y mansalva.

LA CRITICA

Imposible es descubrir un país en que la crítica de arte se halle peor servida como en estos lares.

Creemos que un hotentote, puesto frente a un cuadro o una escultura, opinaría con más sensatez y un poco más de inteligencia que nuestros "chers confreres".

La crítica no solamente es la reedición de la Torre de Babel, donde todos hablan y nadie se entiende, sino que muchos críticos usan su pluma como un hisopo para bendecir obras incalificables, con fines interesados e inconfesables.

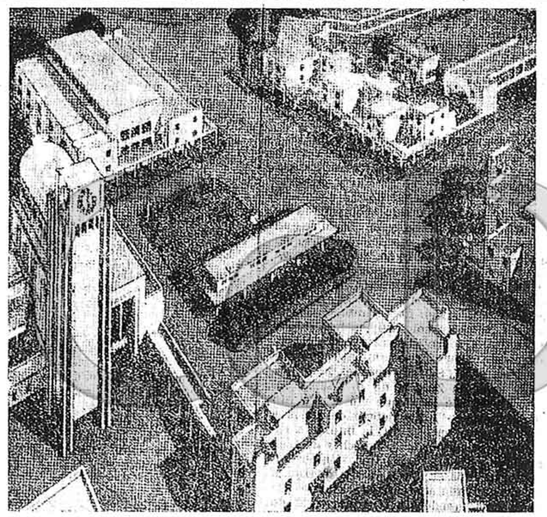
L. C. ROVATTI — "Italo Botti".

Pasarémos revista a unas cuantas crónicas publicadas en los rotativos de más circulación, así, al fundamentar nuestras censuras y acusaciones demostraremos cuáles son nuestras preferencias acerca de los envíos expuestos en el Salón.

Comenzaremos por el señor Chiappori, crítico oficial de "La Prensa". Este *esteta*, que desde unos treinta y pico años vive en el Museo, entre cuadros y esculturas, hubiera debido "pegársele" algo a fin de que acertara en la puntería cuando enfoca con su pluma de ganso la obra ajena. Pero, como el conocimiento y la sabiduría no son suficientes para erigirse en árbitro de lo bueno o de lo malo, sino que se necesita además conciencia y sinceridad, alaba los lienzos insulsos de Cupertino del Campo y de Christophersen, desmesuradamente. "Urbi et orbe", se sabe lo horriblemente pésima que es la pintura de ese médico y ese constructor. ¿Qué valor pueden tener, entonces los elogios y las censuras que prodigue a otros?

Pero donde raya en lo descabelladamente ridículo, es comparando a Thibon con Degas, de quien dice que "ya quisiera éste haber poseído los pinceles" de aquél.

¡Pobre Degas, qué poco te conocen y qué atropelladamente te han estudiado los estetas de esta tierra!



E. VAUTIER Y A. CREBISCH — "Una ciudad azucarera en Tucumán".

Esta comparación es la misma que pudiera hacer un zoólogo, poniendo frente a frente una mosca y un elefante. De ahí que tengamos un miedo horroroso que Chiappori esté más versado en zoología que en arte.

Asombra con la desaprensión que escancia loas a todo el mundo: pequeños, bajos, feos, bonitos, tuertos, cojos... lo más que son loas manidas, elogios banales y adjetivos desteñidos, que no sugieren absolutamente nada.

Por eso no vacilamos en afirmar que el crítico de "La Prensa" no vió las obras que se exponen en el Salón, y la crónica que urdió sobre ellas fué hojeando el catálogo.

Esto lo prueba cabalmente, al discurrir de Pettoruti, citando *las tres telas, que vemos de este sensitivo del color, acerca de cuya obra*" etc.

Para remachar, agrega más abajo:

"Nos acercamos llenos de una explicable desazón; pero así que observamos atentamente el carácter de las mismas", etcétera.

Nosotros, que habíamos visto solamente dos cuadros del pintor cubista, — 'Las Amigas", y un paisaje — al encontrarnos con él le preguntamos: "¿Dónde está su tercer lienzo?"

Pettoruti se sonrió, y nos replicó:

—Lo buscaron mucho. Pues está todavía en la aduana.

Nos quedamos despavoridos al comprender cómo y de qué modo y con qué ligereza se lanzan juicios y opiniones sobre el esfuerzo ajeno.

En una segunda "gaffe", casi de un tamaño mayor que la primera incufre Chiappori al emprenderla con la sección escultura, emitiendo estas palabras sobre las piezas talladas de Rovatti. Dice:

"Presenta un retrato policromado que titula "Mi madre", impresionante por la verdad y la ternura que difunde, y, además, una figura alegórica de *mujer*, "La Buena Palabra", que sintetiza la emoción," etc.

Con toda humildad le significamos al señor Chiappori, que donde él vió una *mujer*, nosotros vimos un hombre y con toda la barba... bastante crecida. Y si no, lo remitimos a la prueba. Pásele la mano y verá cómo pincha.

Y después, sobre esa misma talla, el crítico de "La Prensa" profiere una barbaridad mayúscula al tildar de *"suelto y expresivo"* el estudio del ropaje, *"como en las "Victorias" de la Grecia primitiva"*.

Nos esperamos la obligada comparación de Rovatti con Fidias y Praxiteles, pero esta vez Chiappori nos resulta más prudente. No los nombra.

Francamente repugna y da asco este manoseo que infiere a glorias sin mácula, puestas como piedras de toque para aquilatar las calidades de un artesano meritorio, nada más que meritorio.

Y todo esto para llegar a la obra de Falcini, *"Flamma Extinta"*, de una belleza y serenidad inalcanzable, para asentir flácidamente que, "indudablemente esa escultira merece el premio, por la sucinta belleza del modelado" y etc.

¿A quién educan, qué enseñan estas *críticas* en que la venalidad, la inconsciencia y la mala fe alternan en proporciones iguales?

Sabemos que Chiappori es empleado del Museo y que Cupertino es su superior inmediato, por ende está obligado a ponderar extremadamente los cuadros que él pinta, pero eso no es motivo suficiente para que haga alarde de una parcialidad irritante contra los que no pertenecen a la tribu académica y oficial.

Lo grave del caso es que este burócrata y diletante de todas las artes no se halla solo, sino que son muchos los emuladores que compiten con él y que casi lo aventajan.

Pagano, que ergotea desde su cátedra de "La Nación", es el arquetipo del crítico miope y obtuso, que, por padecer una "sordera artística" sin cura, ha incurrido en errores garrafales.

Por ejemplo, escribiendo sobre la exposición de Botti, después de haberle reconocido todas las virtudes y todos los méritos, se atreve a decir que, tras de Fader, primer paisajista de nuestro país, vendrán, por número de orden y por escalafón, Botti, Vena y dos o tres más.

Pobrecito hablador, éste; hay que perdonarle, en mérito a su edad matusalénica y por esa obstinación de mulo en dar coces sobre todos los asuntos y sobre todas las materias.

Fader, no como paisajista, que es lo peor que existe en nuestro medio artístico, sino como pintor, artista poeta y creador, está a cien codos por debajo de Botti.

Esto sería lo mismo que equiparar a Carriego con Lugones. Aquél es todo emoción, esencia alquitarada de poesía; y éste apenas si es un diestro forjador literario, un retórico habilísimo, todo materia y muchas veces sordo sentimentalmente y vacío de sentido.

Pero es verdaderamente desconsolador que nos obliguen a descender a mentar ciertas "cosas" elementales y tan conocidas para el que sepa el a, b, c del arte a los que se han erigido en dictadores artísticos y literarios ante sí y porque sí.

También Soiza Reilly, el anciano clown de los reportajes a los cien hombres célebres, — ni uno más, ni uno menos — está "bataclaneando" en la crónica artística.

Es la última pirueta del tony extenuado que quiere reaccionar ante un público que se hastía oyendo los chascarrillos faraónicos, dichos y redichos por veinte generaciones de gansos y repetidos por el cronista de estilo telegráfico, cuya innovación literaria es más ortográfica que espiritual.

La verdad, este Parravicini de las letras, pertenece a la laya de los que disimulan su ignorancia sobre el tema que están asesinando, con un chiste más o menos acidulado.

Si se siente con vocación de gracioso, ¿por qué no se contrata en algunos de los cafés-cantantes, que abundan en esta metrópoli? Tal vez ganaría más que siendo un simple plumífero en "El Hogar".

Aborrecemos el ataque por el ataque, el chascarrillo por el chascarrillo, que solamente hace reir a la gente soez y vulgar, que se halla diseminada en todas las clases sociales.

Odiamos a los profesionales del ingenio, que por confeccionar un chiste feliz, serían capaces de sacrificar a su más queridísimo pariente.

Y Soiza Reilly es uno de esos. Todavía recordamos el reportaje a ese sumo poeta que fué Herrera y Reissig, a quien le infirió el insulto más sangriento y canalla que se le pueda hacer a una criatura que vive en el ensueño y por el ensueño.

Nadie que hubiese experimentado la más elemental piedad por el hermano caído en el más horrible infierno, como es el vicio de los estupefacientes, habría tenido el valor de exhibir en la picota de la publicidad las lacras íntimas del paria, — y por eso mismo sagradas — para que sirviera de pasto a los filisteos embrutecidos y los que, catalejo en mano, buscan las manchas de los astros.

¿Cómo ahora nos va a extrañar cuando Soiza Reilly escarnece a un Buttler y un Botti, a quienes, en su incomprensión de cronista deportivo y escritor relámpago, los confunde con el último pintamonas, para, en cambio, enhebrar himnos a las manos que pinta Moisés?

El Círculo del Periodismo debía jubilar a esta estantigua para que coma y calle; porque, en el fondo de todos estos ataques, de todos estos saltos mortales, hay una cuestión económica palpitante y sangrante.

ESCULTURA-PINTURA

Hemos visitado el Salón del Retiro, dos, tres, cuatro, cinco veces; de mañana, de tarde y de noche. Hemos contemplado largamente y con toda atención las obras que merecían verse y también las que no merecían verse. Hemos ido con toda buena fe y con la mejor voluntad de encontrar algo que nos aupase de la realidad sórdida de la verdad trillada, algo, en fin, que nos hiciese soñar, nos hiciese cantar, elevándonos a las regiones eternas y armoniosas de la emoción, donde los sonidos, los colores y las formas todas se confunden en vibración única.

Hemos buscado con nuestra mirada, en los lienzos y en las esculturas, buscando la mejor luz, que pudiera favorecerlas; fijando nuestra atención, de soslayo, de frente y de sesgo; anhelando apagar y mitigar esa sed de belleza que temblaba en nuestro interior, como una ansia y una pena recóndita — y no encontramos nada. Es decir, absolutamente nada, no. Alguna fuente escondida y disimulada hubo, donde pudimos calmar esa tortura inexplicable y dulce, que es el deseo de algo noble, espiritual y bello.

Luego, rumiamos cuidadosamente todas esas sensaciones policromas y variadas que nos dejó prendida en la retina la dilatada contemplación de las múltiples telas, — viendo mentalmente las que pudieron ahondar con más intensidad la impresión, — y tuvimos que convenir que, muy pocas, muy raras eran las obras que, conceptivamente y emocionalmente podían quedar victoriosamente en pié.

La causa de esta mudez sentimental que se percibe en la mayoría, estriba fundamentalmente en la temperatura anímica donde se forja la concepción de la tela o la escultura a crear.

Abundan los envíos, en los cuales no se descubre un por qué profundo que justifique su existencia ni que obedezca a esa ley oscura y misteriosa que, imperiosamente, obliga al artista — malgré lui — a expresar sus pasiones y sus ensueños en forma plástica.

Nuestros artesanos, en cambio, voluntaria e inconscientemente se colocan en planos espiritualmente inferiores. Se quedan en el aspecto, en la superficie, enredados en los alambres de pua del oficio.

Todos alardean de poseer una técnica consumada, — o intentan demostrarlo —, y en realidad apenas si son aprendices de pintores, a quienes les viene muy bien el proverbio que reza: "dinos de qué presumes y te diré de qué careces".

Schuman decía que solamente eran dueños de la forma aquellos que poseían la idea.

¿Cómo éstos, que todavía hállanse en los preliminares del oficio, pueden crear una obra animada por un soplo espiritual que convierta el barro en materia viva y la yerta pintura en ritmo y sonido?

Para que brote un canto de lo inanimado hay que ser poeta o haber nacido tal antes que "mestierante".

No incurriremos en la botaratada de señalar lunares y deficiencias técnicas, que para nosotros tienen un escaso valor. Al contrario, prevalecen las telas correctas y las esculturas que están dentro de los cánones plásticos preestablecidos.

Para propinar consejos y dar lecciones sobre la técnica pictórica y escultórica, sobran y están de más aquellos que cultivan la crítica microscópica, discutiendo lo que el último pintorzuelo les podría enseñar con bastante facilidad y provecho para ellos.

(Concluirá)

ARBOL

En las ramas torturadas
se ha desgarrado la angustia.
La mano del árbol pide
una limosna de luna.
El árbol quiere arrancarse
a la maldición del suelo,
el árbol que es como un grito
que se retuerce de miedo.

TALLER

Máquinas, hierros, ruidos
palpita el vivo corazón del fuego,
el aire es un gritar de martillazos
en la gloria viril del movimiento.
En los yunques se estrujan las auroras.
Crujir de formas nuevas
en aleluyas de chisporroteos
despiertan a las máquinas
de su bárbaro ensueño
miradas arrastradas
en el girar de los volantes ebrios.
En los rincones
entre los trastos olvidados
se ha dormido el silencio.

EDUARDO GONZALEZ LANUZA

(Del libro recientemente publicado: "Prismas".—

El desalojo

MISERIA. — No fué pagado el alquiler.— Mal envuelta, la escuálida y escasa ropa está tirada en el medio de la calle. Esta mudanza es como una agonía.

La tenebrosa lluvia insulta y moja el carro, los andrajos, los muebles corroídos por la carcoma, que están desnudos, vergonzosos... y en ellos hay un alma que se queja:

Y piensa el lecho en el desgraciado amor que protegió, y que los pobres miembros de dos niños procreó para el hambre. ¡Oh, maldito amor el del tugurio...

Y entre los calofríos cruje: ¿Quién dió a la mal nutrida y esclava mujer el derecho de crear, por un beso, otra vida de angustia?... ¡El amor es un delito para los pobres.

Bajo la lluvia el carro chirría. Detrás, baja la frente, un obrero descarnado sigue sus ruínas. Pasa enmudecido, sombría la mirada que no vuelve hacia atrás.

Va detrás de él la mujer, la llorosa mujer con los dos hijitos. Y van sin descanso adonde ellos ignoran. La lluvia los azota horrendamente.

Un austero dolor, que parece amenazar, tiembla por dentro en los harapos amontonados, y en los cuatro errantes de rostros resecos.

Aquel gastado moblaje desnudo que en medio del fango lánzase al acaso; aquella miseria que obstruye la calle, parece el principio de una barricada.

A NEGRI

***

Argucia de un rechazado

Al entrar en el Salón de Primavera, un muchacho — casi un niño — se acerca a nosotros y nos da una tarjeta. Dice:

"En la calle Pellegrini, Nº. tantos, se exhiben obras rechazadas por la Comisión de Bellas Artes".

Nos prometemos visitar este Salón de Rechazados.

Pero primero deseamos contemplar las obras de los artistas que, bastante afortunados por cierto, pueden exponer su suma de afanes y de ensueños para que el público y la crítica — la eterna fiera — tenga su comidilla.

Entramos.

Ya hemos transcurrido algunos ratos amargos, otros dulces y algunos más agridulces.

Nos encaminamos a la calle Pellegrini. Penetramos en el local.

Una sensación de extrañeza se apodera de nosotros. No comprendemos bien donde y en qué lugar nos hallamos. Una muchachuela se halla de pié sobre el fondo de un cortinado punzó. Preguntamos: ¿Estas son las obras de los rechazados?

Contesta:

—Sí, no. Vea, este, este. Las rechazaron hace tres años.

Sobre una mesita dorada desparrámanse unas cuantas tarjetas. Para disipar la duda atroz tomamos una de ellas. Dice: *Fulano de Tal, Academia de Dibujo y Pintura; Cursos especiales para señoritas.*

Salimos bufando y echando chispas como una locomotora.

Ya en la calle, un poco más serenos, nos decimos: ¡Qué cosas se inventan y se hacen para darle caza al garbanzo!

¿Este señor, acaso no tendría más éxito cambiando de profesión, abrazando la carrera de timador?

***

ANECDOTARIO

Los esposos José e Isabel Pemel, han publicado un libro sobre Whistler que es refundición de estudios aislados hechos en épocas anteriores.

En ese libro se cuenta, con las propias palabras de Whistler, como fué hecho el retrato de Carlyle.

—Yo acostumbraba ir a menudo a casa de la señora de Venturi — allí conocí a Mazzini, hombre encantador, por cierto — y la señora de Venturi, a su vez, solía visitarme con frecuencia. Cierta noche se hizo acompañar por Carlyle. Este vió el retrato de mi madre, le agradó mucho y se deshizo en elogios respecto a la sencillez de procedimientos empleados en aquella obra. La señora de Venturi coincidió con sus juicios. Entonces Carlyle me pidió que lo retratase. Muy pocos días después se me presentó una mañana muy temprano y, ya en mi estudio, tomó asiento. Díjome entonces que se le habían hecho varios retratos, pero sin que ninguno de ellos llegase a agradarle. Todos fallaban en el parecido, en la expresión, en lo esencial, en suma. Le pregunté quiénes eran los artistas. "Entre otros — repuso — Mr. Watts, un pintor de nota. Fuí a su taller varias veces mientras se abocetaba el retrato. Después, el artista rodeó a su obra del mayor misterio. Cuando me anunció que estaba concluída, volví. Un denso lienzo cubría el caballete. Y cuando, después de muchos circunloquios, Watts se decidió a descorrer la cortina, ví lo que debía ser mi efigie, pero no era. Me indigné. Y entonces dijo a Watts: "Vea, señor: si no fuese por que me haría yo muy poco favor con la apreciación, le diría que es usted un vulgar pintamonas".

***

Banville, por Antoine

En ocasión del reciente aniversario del poeta parnasiano.

...el anciano maestro, llegado a la cumbre de su gloria — tenía 65 años — para ayudar el esfuerzo del Teatro Libre, había rimado ese idilio alfajorado por el rocío primaveral de su alma, que se titula: "Un beso"; idilio que después la Comedia francesa no cesó más de representar, desde esa noche famosa que se estrenó, en diciembre de 1887, y que nosotros tuvimos el honor de revelar al público. Así, de ese gesto adorablemente desinteresado, debía fluír una verdadera fortuna.

Pero Banville no solamente nos hizo el presente regio de su obra maestra, sino que, junto a ella, nos dió su corazón. En pleno invierno, a las nueve de la mañana, él se trepaba hasta la Gaité-Montparnasse. Esta era la única hora que podíamos ensayar. Urgelés, el hada, en vez de huir al bosque de los árboles de ramas secas y desnudas acompañada por sus hermanas, iíase a teclear en su aparato Morse en la oficina telegráfica de la rue Saint-Dominique. En este pobre camaranchón, abierto a todos los vientos y a merced de la inclemencia de la estación, el maestro se instalaba en un sillón desvencijado, haciéndonos ensayar.

Sin chimenea y, por supuesto, sin fuego, para que no tomase frío, le rodeábamos de los biombos que podíamos encontrar en los desvanes. Mme. Banville temblaba ante semejantes escapatorias, mientras la infinita bondad de su marido aceptaba con más entusiasmo que nosotros esa tarea que, por lo inclemente de la temperatura, se tornaba en peligrosísima.

De este modo, cada vez que un desconocido viene a mí, en busca de mi apoyo, yo pienso en el noble anciano tiritando de frío; y entonces creo que jamás podré pagar mi deuda, aunque haga todo lo que pueda por el que empieza a trepar por esa colina abrupta que es el calvario del arte.

(1) *Antoine fué uno de los primeros que creó el teatro de Arte en París.*

M. A. Bakunin

Un esbozo biográfico

Bakunin y la Internacional.—

Bajo esas condiciones, que se habían producido por sí mismas, pero que en su verdadera esencia han sido entonces desconocidas e incomprensibles para los no iniciados, incluso Marx, entró Bakunin en el movimiento obrero representado entonces por la Internacional. Esta se había desarrollado sólo teóricamente desde 1864, y en extensión muy lentamente, y tan sólo señaló en 1868 un fuerte espíritu revolucionario y un progreso teórico (las huelgas; el congreso de Bruselas). El momento era, pues,, muy apropiado y el socialismo fué reavivado de nuevo desde fines de 1868 hasta el verano de 1869 en Ginebra por Bakunin y sus amigos y arrancado temporalmente a los políticos locales, — el Jura suizo fué ganado por muchos años para la tendencia antiautoritaria —, el socialismo en Francia esencialmente fortalecido (especialmente en Lyon, Marsella, etc.), — la Internacional en España fundada y animada desde el principio por el espíritu anarquista, — la Internacional se edificó en Italia sobre los cimientos echados desde hacía años, — se actuó en Rusia, etc. La *Egalité* de Ginebra, con muchos artículos de Bakunin, nos señala la naturaleza de esa propaganda, que presenta a las masas de los trabajadores las ideas y fines socialistas más amplios con una precisión y una objetividad maravillosas; al mismo tiempo existía una actividad más íntima, tendiente a encontrar, formar y coordinar los elementos capaces de una iniciativa realmente revolucionaria. La Internacional recibió de Bakunin la verdadera vida; reveló ciertamente en Belgica y en París (Varlin) una vitalidad propia, pero por lo general quedó en el nivel de la mortal moderación. Bakunin y sus compañeros la despertaron primeramente, la Comuna de París hizo el resto. Poseemos numerosos material documental y recuerdos sobre esos años de acción internacional de Bakunin, desde el otoño de 1868 hasta el verano de 1874, igualmente sus noticias diarias para esos dos años que señalan toda la multiplicidad y la intensidad de sus trabajos y una multitud de manuscritos, que tan sólo desde 1895 han sido gradualmenet dadas a la publicidad. Aquí se pueden indicar sólo los asuntos principales sin más explicación, por ejemplo su actividad en Ginebra en la sección de la *Alianza*, en la redacción de la *Egalité*, — para su propaganda en el Jura en la primavera de 1869 y en el último tiempo de la Comuna de París, 1871, especialmente cuando estaban en preparación los planes de una sublevación comuna. en Besançon para apoyarla. Después sus ensayos durante el transcurso de la guerra franco-alemana de 1871 para provocar una acción social-revolucionaria en el sur y sureste de Francia que no reconociera el Estado y construyera la libre federación de las comunas, —acción que habría sido acompañada de movimientos en Italia y en España,—un vasto plan en cuya ejecución expuso en vano su persona en Lyon, septiembre de 1870; sin embargo consiguió la manifestación del 29 de septiembre y luego, tras posteriores esfuerzos en Marsella, debió regresar a Locarno. Los asuntos rusos ligados a Netchaef constituyen, por, si todo un capítulo, sobre el cual no se debería juzgar sin exacto conocimiento del material conplejo. Satisfactoria es la propaganda rusa de Zurich, de 1872-73, el famoso verano de 1872, que vió a Bakunin mismo durante largo tiempo en París y diversas veces en el Jura, la imprenta rusa de sus compañeros de Zurich y de Londres, que publico varios libros importantes, entre ellos su *Estatismo y anarquía*, que desgraciadamente, como muchos de sus escritos, quedó sin terminar. Cuando Mazzini, el eterno enemigo del socialismo, condenó la Comuna de París, intervino Bakunin en defensa de élla y de la Internacional en un brillante escrito aparecido en Milán; ese escrito tuvo por consecuencia que numerosos jóvenes italianos entraran en relaciones con él y fundaran secciones internacionales, con un nucleo revolucionario íntimo de los compañeros militantes asociados a Bakunin: esa fué la Alianza revolucionaria socialista, el alma profunda de la Internacional italiana; un núcleo idéntico tenía también la Internacional española, es decir la *Alianza*, siguiendo los estímulos dados por el compañero íntimo de Bakunin, Fanelli, en su viaje de fines de 1868 a Madrid y Barcelona, resuelto por el círculo de Bakunin. Dos veces, en 1870 desde Marsella y en el verano de 1873, estuvo Bakunin a punto de dirigirse a España, donde habría encontrado en Barcelona sus más íntimos partidarios, pero las circustancias lo impidieron. En agosto de 1874 se dirigió finalmente a Italia, donde se había preparado un movimiento insurreccional en diversas localidades, estuvo en Bolonia en la noche del Prati di Caprara; después del fracaso del movimiento consiguió huír a Suiza; ese fué su último viaje revolucionario.

Marx y Bakunin. —

Se sabe suficientemente que toda esa actividad, que tenía por objeto la difusión y la realización revolucionaria de las ideas del anarquismo colectivista, era profundamente odiada por Marx y sus compañeros, pues su aspiración era fundar partidos obreros social-demócratas o, si se hubiera presentado la ocasión (que ellos mismos no trataban de provocar revolucionariamente), apoderarse de la revolución como dictadores e imponer el Estado popular autoritario, — pues Bakunin, y toda otra actividad revolucionaria libertaria, contrarrestaba esa aspiración. Ese odio irritado, que asumió formas más repulsivas aún a causa del desconocimiento de la verdadera actividad de Bakunin — (la correspondencia íntima de Marx y Engels lo demuestra) — se expresó por la difusión de calumnias y por maniobras administrativas y golpes de mano, pues Marx, por decirlo así, tenía en sus manos, en Londres, todo el aparato gubernamental de la Internacional; un partido político local tenebrino y toda suerte de agentes. desde N. Utin a P. Lafargue le secundaron en esa labor. El punto culminante de la intriga lo constituyó el congreso de la Internacional de La Haya (septiembre de 1872), cuya mayoría, amasada con toda especie de maniobras, no sólo excluyó a Bakunin de la Internacional, sino que trató de insultarlo personalmente mediante una maquinación infame, tramada, en primer lugar, por Marx. Todos estos sucesos han sido de tal modo investigados en sus detalles y explicados, que ahora es posible pronunciar un fallo decisivo que recae avergonzadoramente sobre Marx y Engels.

Ese comportamiento autoritario, mediante el cual debía ser transformada en la conferencia de Londres de 1871 y en el congreso de La Haya de 1872, la esencia de toda la Internacional, sólo tuvo por consecuencia la agrupación de las secciones y federaciones antiautoritarias, comenzada en respuesta a la circular del Jura de noviembre de 1871, continuada por la declaración de la minoría en el congreso de La Haya y por el congreso de St. Imier (Jura bernés, septiembre de 1872), y concluída por la organización de la Internacional en el congreso de septiembre de 1873, mientras que la organización de la tendencia autoritaria fracasó miserablemente. Bakunin vivió esa victoria de la tendencia libertaria, cuyos efectos fueron, es cierto, reducidos temporalmente por la reacción general que siguió a la derrota de la Comuna de París, pero creó la conexión espiritual de todos los elementos revolucionarios libertarios, que existe aún y a los cuales pertenece el futuro.

La muerte.—

La situación privada de Bakunin fué algo más favorable desde su regreso hasta 1868 gracias a circustancias especiales, — después estuvo ante la pobreza y las preocupaciones, interrumpidas sólo en 1872-1874 por el episodio Cafiero, pero luego atravesó por circunstancias apremiantes de que sólo se salvó por la muerte. Igualmente se arruinó su salud prematuramente, conmovida por la prisión; eso le ocasionó muchos padecimientos, y la muerte cuando apenas contaba 62 años. No obstante todo esto, hasta el último año de su vida conservó su espíritu íntegro, sus ideas, deseos y esperanzas. Desesperadamente enfermo, se dirigió, en junio de 1876, a Berna y allí murió rodeado por sus amigos alemanes de la juventud, el médico profesor Vogt y el músico Adolph Reichel, el 1º de julio de aquel año. Sus ideas han permanecido jóvenes y viven y prosperan hoy más que nunca.

Max Nettlau

3 de octubre de 1923

DIALOGOS DE LA GUERRA

EXAMEN DE CONCIENCIA

Genossen —¿Sigues creyendo, camarada francés, lo que proclamabas tan alto durante los combates? La guerra, que acabamos de pasar, en la cual ¡ay! tomamos parte, ¿te parece aún la última guerra? La paz que nuestros diplomáticos terminan de construírnos, ¿la afirmas más definitiva y más sólida que vuestras catedrales?

Socio (frunciendo el entrecejo) —¿He comprendido bien la palabra que terminas de pronunciar?

Genossen — ¿Qué palabra? ¿Catedral?...

Socio —El verdugo hablando de la soga en la casa del ahorcado...

Genossen —Muchas catedrales, obras del pueblo de otro tiempo, han sido destruídas por el militarismo. Nuestro esfuerzo por crear la fraternidad de los proletarios, cedía, al mismo tiempo, al empuje militarista. ¿Crees que puede volverse a la obra con mayores probabilidades de suceso? ¿Crees tú que podamos cimentar las piedras humanas en una unión más fuerte que resista a las próximas sacudidas de la brutalidad?

Socio —Lo he creído firmemente durante la guerra. Sólo esa esperanza me permitía triunfar de las tristezas del espectáculo, de los horrores de la acción.

Genossen —¿Quieres, camarada, que tentemos un gran esfuerzo de sinceridad?

Socio (con un sobresalto) —Los socialistas franceses han sido siempre sinceros.

Genossen —No te irrites, camarada. Yo no niego a ningún hombre de buena voluntad el sentimiento pobre y superficial que de ordinario llamamos sinceridad. Pero la sinceridad de la cual hablo ahora es dura, más profunda, y pocos espíritus conocen su noble inquietud. No contenta con hacernos hablar y accionar según nuestro propio pensamiento, remonta a las fuentes mismas de nuestro pensamiento, y las juzga.

Socio —¿Qué quieres decir?

Genossen —En las profundidades, ¿era tu pensamiento que dirigía a tu acción? ¿Era tu acción la que dirigía a tu pensamiento?

Socio —Explícate más claramente si quieres que...

Genossen —Fué porque, después de un exámen más razonable y exento de pasión, creías combatir la guerra y contribuir a quebrar el militarismo que fuiste un buen soldado? ¿O bien ha sido porque tú querías ser un buen soldado que llegaste a...?

Socio —Comprendo tu pregunta... Posiblemente, en efecto, tenía más bien que una convicción reflexionada, una fé voluntaria. Posiblemente creía porque tenía sed de creer. Me enceguecía pragmáticamente como el católico que temiera quedarse llorando, inerte, sin apoyo si cesara de esperar luz del paraíso.

Genossen —¿No somos todos así en las horas que la acción nos sacude? La necesidad de accionar modela, en esas horas, a lo que osamos llamar nuestro pensamiento. El pobre esfuerzo socialista me recuerda al esfuerzo de los primeros cristianos...

Socio —Tu comparación me parece tan coja como injuriosa.

Genossen —¿Si no se compara, qué se comprendería? Sin comparación, ¿cómo llegar a establecer una ley científica? ¿Cómo llegar a prever lo que sea?

Socio — ¡Pero la historia es tan poco una ciencia! Cada hecho manifiesta una individualidad tan indisciplinable...

Genossen —Tienes razón, pero yo no me equívoco, como verás si me permites una fórmula que me parece pacífica.

Socio —Explica tu punto de vista.

Genossen —Hemos tratado de establecer, entre proletarios de diversas naciones, la misma fraternidad, igual que la que los primeros cristianos soñaban establecer entre todos los hombres.

Socio — Si tú quieres.

Genossen —El cristianismo, doctrina de igualdad y de amor, terminó por poner en el mundo mayor tiranía y más odio. Tratemos de ver claro y de evitar que nuestra buena intención llegue a las mismas consecuencias lamentables, Tratemos de ver adelante y reconocer, si nuestro camino no conducirá, quizás, a los mismos abismos.

Socio —Es difícil prever las consecuencias lejanas.

Genossen — Los primeros cristianos, ¿no creían como nosotros, concluír con la guerra? A lo que ellos llamaban el Reino o la Ciudad de Dios, ¿no era nuestra Sociedad Futura, nuestra sociedad de paz y de justicia? Ah! cómo en el andar de los siglos ciertos mirajes se repiten y asemejan!

Socio —Te vuelves descorazonante.

Genossen — Los mártires que rehusaban sacrificar a las águilas romanas, ¿no eran ya antimilitaristas?

Socio —El vocablo es bien moderno.

Genossen —Ciertas palabras de Jesús: "Bien aventurados los pacíficos... El que a hierro mata a hierro muere", podrían servir de divisa al antimilitarismo de hoy y de siempre.

Socio — Si eso te agrada...

Genossen —Sin embargo, pronto los cristianos se hicieron soldados. Pura leyenda o verdad desfigurada por la imaginación, la famosa anécdota de la legión fulminante demuestra que hasta se alababan de ser — y así hacíamos nosotros ultimamente — los más corajudos entre los soldados y los más fieles al Imperio.

Socio —Es que ellos tenían, como nosotros, que hacer olvidar su antigua propaganda pacifista, su antigua oposición a la guerra. Tenían que disipar, como nosotros, miles de desconfianzas. Como nosotros, demostraron celo.

Genossen —Y el cristianismo no ha impedido ninguna guerra.

Socio —¿Querrás decir que el socialismo...?...

Genossen —En revancha, ha causado varias.

Socio —Las cruzadas...

Genossen —Y otras aún... ¿No encuentras tú a estas cruzadas un singular parecido con esta revolución social que soñamos?

Socio —¡No, qué esperanza!

Genossen —Todos los proletarios contra los capitalistas y todos los cristianos contra los infieles...

Socio —Parecido tan vago y tan banal! Una guerra es siempre todo lo no importa qué contra algo.

Genossen —Sin duda. Pero aquí como allá...

Socio —Yo veo una diferencia muy enorme, muy capital.

Genossen —¿Cuál diferencia?

Socio — Aquellos iluminados obedecían a un sentimentalismo ridículo. Nosotros obedecemos a intereses precisos.

Genossen —No busquemos, camarada, en qué medida el interés penetra en el sentimiento, en qué medida el sentimiento penetra en el interés.

Socio —El examen, en efecto, podría ser largo. Y en este momento una duda terrible me destroza

Genossen —Habla

Socio — Después del acuerdo de las cruzadas, hubo, como antes, guerras entre los cristianos.

Genossen —Por razones nacionales o raciales, los proletarios también se matarán mutuamente después como antes de todas las tentativas de revolución social.

Socio —¿No caes, camarada, en un pesimismo demasiado dogmático? Yo me inquieto y tiemblo; pero tú no temes afirmar.

Genossen — No hemos logrado mucho mejor que los primeros cristianos conservar nuestro ideal, protejerlo contra la jauría de las realidades anteriores.

Socio — ¡Ya!

Genossen —Han concluído, ellos, por empobrecer la riqueza primitiva de su ideal. No ha sido para ellos más que un conjunto de fórmulas sin acción sobre la conducta de la vida y que contradicen con otras fórmulas fáciles y prácticas. Para conquistar el poder, han abandonado las únicas razones que hacían deseable su dominio. Para la expansión y, como dicen, por la gloria del nombre cristiano, han sacrificado el evangelio y el pensamiento cristiano.

Socio —No dices sino verdades.

Genossen —¿No sacrificamos nosotros de nuevo las cosas a esas palabras? Para que la multitud consienta en llamarse socialista, ¿no haremos un socialismo elástico, chato y sin virtudes? Toda doctrina que se preocupa del número de sus adherentes...

Socio —En Bale, sin embargo, y en Berna...

Genossen —¡Horas de nobleza y de esperanza!... ¿Por qué nuestros espíritus llevan, los unos como los otros, lo vago de la esperanza, no la precisión heróica del querer?

Socio —Nosotros no podemos tener confianza en vosotros. Durante la guerra, ¡cuántas veces los alemanes se han servido de la Cruz Roja y de la bandera blanca para adormecer el ataque y acercar a la muerte!

Genossen —¡Medios odiosos! Pero, ¿no son odiosos todos los medios de la guerra? Y la guerra, ¿no hace a todas las almas crueles, cobardes y pérfidas?

Socio —¡Con qué amargura reprochamos vuestras maniobras de guerra y vuestra táctica de antes de la guerra! Vuestros camilleros eran a veces combatientes disfrazados. Tal de vuestros oradores, ¿no eran pangermanistas disfrazados de socialistas?

Genossen —¿Estarás más satisfecho con los vuestros, por ventura? Ningún socialista alemán, al menos, ha deshonrado el partido entrando en un ministerio de la guerra.

Socio (vivamente) —¡De defensa nacional!

Genossen —El hombre es complejo, y no ve, generalmente, sino un aspecto de sí mismo. Tenemos los unos y los otros la pequeña sinceridad, la que no se atreve o no puede descender al caos de nuestras profundidades. Obreros y socialistas en tiempo de paz, cuando las cuestiones obreras y sociales parecían las únicas planteadas, nos hemos despertado, bajo el choque, franceses o alemanes. Parecería que nuestros abuelos se han agitado en nosotros. No hemos vivido más nuestra propia vida y nuestro pensamiento nuevo; hemos vivido la vida y el pensamiento de antiguos muertos.

Socio —Cuando la fuerza de la nación se tiende e irrita, lo que es nacional es más fuerte en nosotros que todo lo demás.

Genossen —Lo hemos visto. Religión, razas, partidos, clases, todo fué olvidado. Los realistas franceses defienden una república contra una monarquía. Los revolucionarios rusos se volvieron mártires zaristas o verdugos imperialistas...

Socio —Así el republicano Garibaldi funda el reino de Italia.

Genossen —Los católicos no se preguntaron si tiraban contra católicos o los protestantes si tiraban contra protestantes.

Socio —El patriotismo es, posiblemente, la única religión profunda de estos tiempos.

Genossen —Sesenta mil curas pertenecían a los diversos ejércitos y se mataban entre sí en nombre del mismo Dios.

Socio —La idea de raza, me parece, tuvo más influencia sobre ciertos actos y sobre ciertas atenciones. Hubo lorenesses y polacos que...

Genossen —Puede ser que la idea de raza y la de nación se esfuercen por recubrirse y unificarse en nosotros. Existe en ciertas poblaciones lucha de dos lealtades: la lealtad de hecho y la lealtad que les parece de derecho. Dos naciones se baten en algunos corazones. Hasta sucede de algunos siglos de nacionalismo triunfan a la vez sobre un nacionalismo reciente y sobre la raza. A pesar de su origen germánico tales alsacianos se demostraron tan franceses como los lorenses.

Socio —¡Ah! ¡cuán complejo es el hombre!

Genossen — ¡Y cuán fácilmente acepta cualquier pretexto para matar! ¡Cómo, sus mismas uniones, parecen hechas de odio!

Socio —Terrible porvenir el del hombre, si el socialismo no lo salva.

Genossen —Nuestras convicciones socialistas no nos han defendido mejor contra el gesto asesino, que la fé y la moral cristiana han defendido a los cristianos.

Socio —Abandona esa comparación, camarada. Es verdaderamente injusta contra nosotros. Nosotros fuimos, con todo, menos infieles que ellos a nuestro ideal. Materialistas, luchamos, sin hipocresías, por intereses. En el enredo de los intereses, posiblemente debíamos, en la hora en que estaban amenazados, hacer triunfar ante todo el interés nacional.

Genossen —Creo más bien que somos naturalezas parecidas a la de los fieles de todas las religiones: gentes que tienen necesidad de tocarse los codos, de avanzar en masa, y de pensar en tropel.

Socio —¿Manada?... Dilo sí lo piensas.

Genossen —No estoy muy seguro de pensarlo. Los cristianos han seguido a sus generales como, en tiempos ordinarios, seguían a sus obispos. Nosotros hemos sido disciplinados bajo nuestros oficiales como bajo nuestros líderes.

Socio —Horrible cosa puede ser la disciplina atmósfera asesina para todo pensamiento y para toda conciencia.

Genossen —Pero, sin ella, ¿qué acción exterior es posible?

Socio —Sería necesario no escuchar sino la propia conciencia, la razón y el corazón? ¿Sería preciso renunciar a toda acción colectiva?

Genossen —La acción individual es muy pobre e ineficaz en el plano material

Socio —¿Sera preciso, necesariamente, para ser un hombre honesto, renegar la nación, la patria, el partido?

Genossen —Entonces, ¿qué queda?

Socio —Callémonos, camarada. Hay sinceridades que desconcertarían demasiado al ser interior. Me parece que yo no soy sino ruínas.

Genossen —Volvamos a nosotros y volvamos a pensar en socialista...

Socio —¿O cristiano?... ¿Para qué, si eso no es un obstáculo a ninguno de los prejuicios franceses o alemanes; si eso no impide matar a los hermanos de ideas?

Genossen —¿Te volverías, por ventura, individualista?

Socio —Yo no sé.

Genossen — Nietzsche...

Socio —¡Oh! no, no Nietzsche, no el individualismo de conquista y de presa. Pero algunos individualistas tuvieron una conciencia: Jesús, Epicteto, Tolstoy...

Genossen —¿Caerías tú en la doctrina cobarde de la no resistencia al mal? La violencia, partera de las sociedades...

Socio —No ha producido sino abortos. Pero yo tengo miedo del aislamiento y la impotencia que crea el aislamiento. Más bien la acción ciega que la no acción.

Genossen —Te veo con placer recobrando tu coraje.

Socio —El que quiere el fin quiere los medios... ¡Y bien!, ¿cuántas veces los medios han hecho olvidar el fin, se volvieron artificiales y contribuyeron a destruir el fin verdadero?

Genossen —Las cruzadas tomaron Constantinopla para obtener los medios de alcanzar Jerusalem. Pero se quedaron en Bizancio y olvidaron Solima.

Socio —¿Entonces el hombre está condenado a perderse siempre?

Genossen — Para marchar con la muchedumbre, es necesario aceptar las vueltas y distancias de la gran ruta.

Socio —Pretender conducir y arrastrar a la multitud, ¿no es condenarse a seguirla? El que marcha solo, al contrario, es posible que halle el buen camino.

Genossen —¿Para qué servirá tu descubrimiento si persona no te sigue?

Socio — Y es tan difícil desprender su corazón y su espíritu de todas las muchedumbres! ¿Puedo yo no ser de mi tiempo, de mi país, de mi clase?

Genossen —Esfuerzo imposible.

Socio —Algunos hombres, sin embargo, lo pudieron, se arrancaron a la recua... A mí me parece que moriría.

Genossen —El hombre es un animal sociable.

Socio —Alguien ha dicho: "El hombre solo es el más fuerte".

Genossen —Pero la fuerza preliminar que llama y acepta la soledad, tú no la posées y yo tampoco.

Socio —Sin embargo, lo siento demasiado, ninguna majada alcanzará las praderas de la sabiduría y de la felicidad.

Genossen —Pero el sabio, si las encuentra, no podrá hacer nada por la multitud. Ella no comprende su lenguaje y no puede entrar por sus estrechos caminos.

Socio —Entonces, ¿qué, qué?

Genossen —Seamos de nuestro tiempo. Somos demasiado jóvenes para la abstención y el juicio.

Socio —Un día llegará en que yo seré demasiado viejo para la acción, para la locura y la muchedumbre.

Genossen —Vivamos y accionemos entretanto.

Socio —Más tarde sentiré continuamente lo que hoy siento como un dolor agudo, pero que alcanzo a expulsar: la inutilidad de todos nuestros esfuerzos.

Genossen —Será entonces posiblemente un consuelo para tu impotencia. Entretanto, ten el coraje de tu fuerza.

Socio —Tienes razón. Consagrémonos apasionadamente, ciegamente, al ideal socialista.

Genossen —Como dice el poeta americano: atemos nuestro arado a esa estrella.

Socio —Y rechacemos el pensamiento demasiado aflictivo de que el astro es, posiblemente, un meteoro de una hora y la estrella aparente un miserable fuego fatuo.

HAN RYNER

BIBLIOGRAFIA

"Renacer" — Federico Urales, Barcelona.—

El autor de "Sembrando Flores", "Los Hijos del Amor" y "Los Grandes Delincuentes", ha dado a la publicidad un nuevo libro que viene a sumarse dignamente a la serie de novelas de carácter social, ya publicadas. En el prólogo que precede a la obra Urales narra, con su franqueza proverbial, las peripecias de autor dramático que hubieron de acontecerle, entre cómicos y empresarios, en su intento de abordaje al coto cerrado de Talía.

Son curiosas las anécdotas que le ocurrieron en sus andanzas de novel autor y que demuestran las grandes dificultades que en el teatro español encuentran los autores cuyas obras no se ajustan a los cánones establecidos y consagrados por actores, por públicos y empresarios. Convencido de que sus obras no serían nunca representadas, dada la condición de sus argumentos, Urales decidióse a dialogar sus comedias en forma de novela y dar a la estampa lo que no pudo representarse en la escena.

"Renacer" es, pues, la primera de una serie de novelas que Urales se propone publicar y cuyos argumentos constituyen el eje de otras tantas comedias. La tesis central de esta novela se halla formada por una vehemente apología de la mujer, vilmente ultrajada por la sociedad actual.

Lolita, es una actriz que desde niña cayó en las redes de una banda de gentes desalmadas, que explotaron su talento artístico, sin tasa ni compasión. Aprisionada entre una serie de espías, de explotadores y malos parientes, Lolita llega un día a renacer, rompiendo el círculo de hierro que la oprime gracias a la actitud decidida de Adolfo, novelista de fama, que prescindiendo del pasado de Lolita se une a ella indefectiblemente.

Con la sencillez de lenguaje que le es peculiar, y, sin embelesadas complicaciones psicológicas, Urales consigue, en esta novela, mantener el interés del lector con fines de educación social. Es una obra amena que hace honor a su autor y que los camaradas y afines leerán, sin duda, con gusto.

"Los Galeotes" — Higinio Noja Ruiz, Sevilla.—

Con el título precedente, Higinio Noja Ruiz ha publicado también otra novela de carácter social que tiene algunos puntos de contacto con la tesis que, en materia de amor, desarrolla en "Renacer" Federico Urales.

La coincidencia de ambos escritores, en un asunto tan común, parte de principios y de convicciones sociológicas, caros a ambos narradores. Los principales protagonistas de "Los Galeotes" son también dos jóvenes amantes, de ideas libres, que cifran en su amor la más alta encarnación de sus teorías.

Novela de tesis libertaria, en el contenido de sus páginas se plantean algunos de los aspectos divergentes del pensamiento anarquista, sostenidos entre individualistas y comunistas. La semejanza del concepto que anima las páginas de ambas novelas, es la misma que podría haber entre dos escritores anarquistas que abordaran un mismo tema doctrinario.

"Los Galeotes" es una buena novela en la que se exponen las concepciones del anarquismo, en materia de amor, y que los amantes de la literatura hallarán en nuestra librería al precio de $ 1.20 el ejemplar.

CRITÓN

Psicología integral

EL AMBIENTE PESIMISTA

Las personas nerviosas con tendencia a la melancolía necesitan poner en práctica un principio básico de la higiene mental: huir de la tristeza. Y para ello deben luchar contra el ambiente pesimista, que como atmósfera pesada y obscura los rodea y abruma.

Así como el pus de la llaga ha de limpiarse, porque contribuye a conservar la infección de donde procede, así el ambiente pesimista debe modificarse, porque aumenta y conserva la tristeza en el alma del pesimista.

Porque las personas deprimidas, fatigadas, melancólicas, tienden a rodearse de cosas lúgubres y arrastran una existencia sombría, que los entristese cada vez más. Para salvarse de ese ambiente malsano, necesitan modificar su plan de vida.

Aunque el ambiente pesimista es algo así como una emanación de la propia alma del nervioso melancólico, tiene, una voz creado, realidad positiva, existencia exterior. Por eso es posible modificarlo. Cuatro son las realidades que forman el ambiente pesimista: el lenguaje, la lectura, las amistades y los espectáculos.

Mal hacía el príncipe Hamlete al despreciar las palabras; la importancia del lenguaje es enorme desde el punto de vista de la evolución de la mente y del poder sugestivo de las ideas. En el principio era el verbo, dice la Biblia, subrayando la trascendencia de la palabra.

Las palabras son realidades objetivas una vez pronunciadas, influyen sobre el alma de los hombres como las demás realidades del mundo externo, y a menudo, con más intensidad. La palabra de aliento de un jefe en la batalla consigue acrecentar el valor de la tropa, o inducirla al ataque, mientras que ninguna de las cosas externas que los soldados veían tuvo poder para tanto. El grito de cobardía del primero que huye contagia todas las voluntades, el miedo cunde y el ejército se desbanda.

En la vida diaria todos somos soldados de lo cotidiano, y las palabras que pronunciamos y oímos pueden ser de aliento y de esperanza, o de desconsuelo y de fracaso. La conversación de los que padecen de los nervios es una conversación derrotista: consiste en el reconocimiento de su derrota y en la queja estéril de su blarimpotencia. Hablar de sus tristezas, sufrimientos, miserias, desesperanzas, y hablar de eso y sólo de eso: hé ahí la conversación de los nervios. Y como siempre orienta su conversación por ese negro sendero de su desventura, sus interlocutores se contagian, y hablan y discuten los mismos temas de enfermedad y angustia, contribuyendo, sin sospecharlo, a crear el ambiente verbal pesimista, que tanto daño causa a los nervios.

Lo primero, pues, que deben hacer los inclinados a la tristeza es no hablar de sus angustias. Es preciso que apliquen toda su voluntad a combatir esa tendencia que los lleva a expresar en palabras su estado de alma. Acuérdense de este consejo, y cada vez que brote a sus labios una palabra de dolor, desaliento o debilidad, aprieten los dientes, tráguense la palabra y cámbienla por otra que no refuerce su estado interior de desfallecimiento.

"Cuando te torturen, decía un ladrón a otro, grita todo lo que quieras diciendo nó, porque lo mismo da un nó que un sí, y el nó te salva".

De igual modo puede aconsejárseles a esos torturados de sí mismos. Hablen, griten todo lo quieran, si en el gritar y el hablar sienten alivio, haganlo profiriendo paabras de aliento y de fe, en vez de murmurar palabras sombrías y de abdicación. El desfogue verbal, desde el punto de vista de la mecánica del sonido, es idéntico, pero el contenido de las palabras es muy diferente, porque de desconsuelo matan.

El nervioso que logra varías su conversación y suprimir de ella los temas y palabras sombríos sentirá, muy pronto, mejoría tan notoble que recobrará la fe perdida en su curación definitiva.

Uno de los modos de favorecer este cambio de lenguaje en los nerviosos es la selección de sus amistades. Todos tenemos amigos de muy diversa índole: unos cultos, otros prácticos, otros alegres y otros tristes. Los propensos a la melancolía deben escoger sus amigos de buen humor, y formar con ellos el círculo habitual de sus relaciones. Al principio, esto puede costar algún esfuerzo, porque, como ya hemos dicho los que padecen de los nervios toman a lo trágico su enfermedad y tienden a rodearse de un público especial, que les compadece y les escucha sus quejas, complacientemente. Pero, pensando en el bien enorme que les reporta librarse del ambiente pesimista, pueden vencer esa tendencia nociva y frecuentar sus amistades alegres. Al comienzo se sentirán mortificados, porque nadie los toma en serio y porque se burlan de lo que esos amigos alegres y dados a la chanza llaman "sus tonterías". Mas, cuando sientan los beneficios de este tratamiento psicológico de su enfermedad, mirarán con gratitud a sus médicos inconscientes.

Otro aspecto del ambiente trágico consiste en los espectáculos habituales de los nervios: esta clase de personas suele huir de los espectáculos públicos, y cuando concurre a teatros y cinemas, busca de preferencia los dramas y películas espeluznantes. Es necesario que invierta, por completo, su actitud: nay que divertirse. La diversión, bien orientada, forma parte integrante de la vida normal. Busquen los melancólicos por ejemplo, en donde los reyes de la risa, como Chaplin y sus imitadores, lucen sus comicidades. Pero asistan a las funciones con espíritu sencillo. No crean que es impropio de hombres serios y de mentalidad profunda reir de las cosas resibles. Vayan decididos a dejarse contagiar por las carcajadas de los espectadores. Y cuando la alegría ambiente los gane, cuando sus risas se mezclen con las de los niños y adultos del público, serán felices, olvidarán sus males, y ese momento de expansión, de naturalidad espiritual, les hará mucho bien: será como un bálsamo refrescante aplicado sobre la herida ardorosa de su alma.

Mas no sólo la conversación, las amistades y los espectaculos deben vigilarse, porque son factores que contribuyen a formar el ambiente espiritual en el que vivimos; existe otra realidad muy peligrosa cuando se le maneja desacertadamente: la lectura.

Los libros son fuentes poderosísimas de sugestión, a tal punto que nuestras lecturas favoritas forman, en gran parte, nuestro espíritu, orientándolo en un sentido determinado, y dando origen a nuestros ideales de vida y a nuestras aspiraciones personales.

La lectura de los nerviosos debe seleccionarse de acuerdo con el criterio del bien o del mal que puede causar a su padecimiento, y no según el punto de vista estético, de su mayor o menor valor literario. Hay obras magníficas, literariamente apreciadas, como las de *Omar Khayam*, por ejemplo, que son verdaderos venenos para el espíritu de los tristes. ¡Quién no recuerda las épocas de negro pesimismo que tuvo en su juventud, cuando comenzaba a cultivarse y a leer a Schopenhauer y a Harman y a otros teóricos de la desolación y la muerte! Pues ese mismo efecto deprimente ejerce en la inteligencia del adulto nervioso la lectura de obras de esa clase.

Por eso debe seleccionar sus libros de acuerdo con este doble criterio: la alegría y el consuelo. Rodéese de libros graciosos, de obras escritas por humoristas e ironistas Mark Twain, Artemio Wardt y Bret Harte, entre los escritores anglosajones conteporáneos; Luis Taboada, Pérez Zúñiga y, sobre todo, Camba, entre los españoles; Anatole France, Tristán Bernard, Galipet y tantos otros entre los franceses, son ejemplo de la clase de literatura que conviene a los nerviosos.

Mas, al lado de la risa, que favorece la alegría, necesita el optimismo, la fe, la confianza, que encamina a la curación. Por eso, junto a los libros de los humoristas, deben figurar en la biblioteca de los nerviosos las obras de los grandes genios de la humanidad, que sus destellos divinos la han perfeccionado y la han conducido por el mundo en pos del ideal. Si se trata de persona culta, lea de preferencia a Platón, padre del idealismo filosófico occidental Emerson, Ruskin, Carlyle, Maeterlinck y tantos otros platónicos, son también, recomendables.

En resumen: las personas que padecen de los nervios necesitan librarse del ambiente pesimista que ellas mismas forman en torno de su enfermedad, para lo cual han de esforzarse por cambiar la naturaleza sombría y desesperada de su conversación; las juntas con amigos tan tétricos como el más neurasténico; han de concurrir a espectáculos alegres, para regocijarse franca y naturalmente, y emplearán la lectura como instrumento de curación psíquica, leyendo, habitualmente, autores humoristas y obras donde palpita el ideal y en donde se unen, en consorcio armónico, el bien y la belleza

RACSO.

María Spiridonova

En 1906 comete un atentado contra el conocido verdugo de los campesinos, general Lukhowsky. Torturada, se la deporta a Siberia a perpetuidad. Su nombre es el símbolo del martirio revolucionario.

Libertada por la revolución de 1917. Arrestada en 1918 por los bolcheviquis como miembro de los social-revolucionarios de la izquierda. Desde entonces estuvo constantemente en prisión, a excepción de un corto intervalo de "libertad". Se halla en el último grado de consunción.

Tiene actualmente 36 años de edad, habiendo pasado más de la mitad de su vida en las prisiones.

Nuestro primer deber es vencer el miedo: debemos librarnos de él para poder realizar algo en el mundo. — Carlyle.